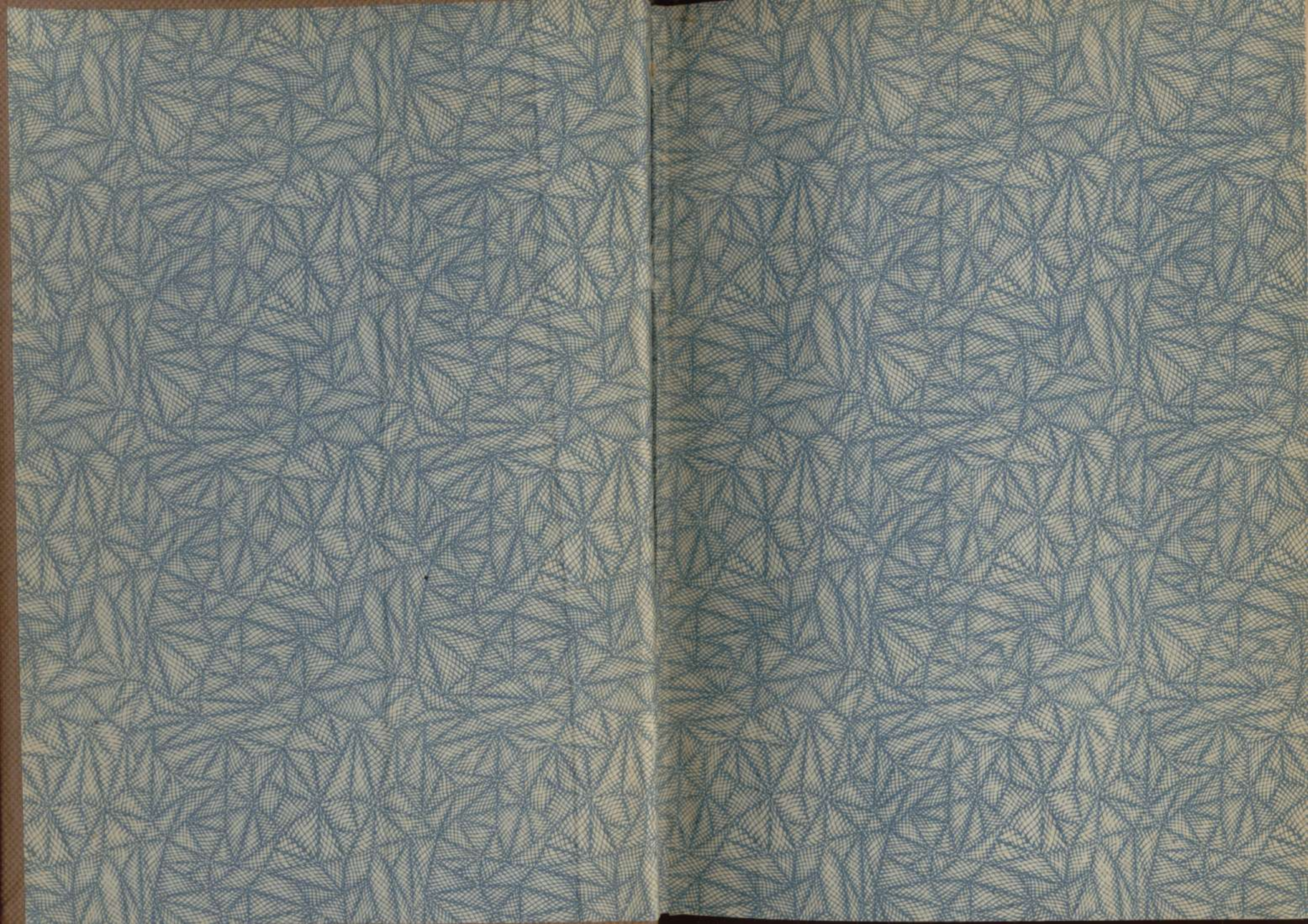


MICHEL
DE CERVANTES
SAAVEDRA

DON QUIJOTE
DE LA
MANCHA

CER/QUI
1905-2



EL LIBRO DE LAS ESCUELAS



CER/201
1905-2

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

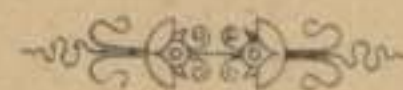
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

REDUCIDO Y COMPULSADO

POR

D. EDUARDO VINCENTI,

Consejero de Instrucción pública.



MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1905



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



Al Duque de Béjar,

Marqués de Gibraltar, Conde de Benalcázar y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcocer,
Señor de las villas de Capilla, Suriel y Burguillos.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos que, no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fío que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervantes Saavedra

PRÓLOGO DE ESTA EDICIÓN

Para la lectura en las escuelas ha habido siempre libros compuestos de trozos escogidos que son modelo de lenguaje, pero que nada dicen á la imaginación de los niños.

La pureza del alma y la ávida curiosidad que engendran en ellos el amor á lo maravilloso les lleva á soñar con los cuentos de princesas encantadas, de lagos fantásticos que encierran palacios misteriosos, de palomas azules que se transforman por arte de magia en doncellas espirituales tan luego como el caballero de bruñida armadura acierta á desencantarlas.

Estos cuentos transmitidos de padres á hijos son reminiscencias de los libros de caballerías.

Á los niños les satisface el asunto, la leyenda, el suceso, el cuento. Afectados á veces por un malestar, heridos por una dolencia en ocasiones, rebeldes y exaltados por su irritabilidad nerviosa casi siempre, muchos á los cuales no se logra dominar por las amenazas se tornan sumisos y dóciles ante la promesa de un cuento. Y á medida que la narración avanza, el demudado rostro infantil que conserva aún la huella de sus lágrimas, va reflejando dulce y serenamente las impresiones que recibe, como lluvia de amor que refresca sus ardorosos desvaríos.

Trozos literarios aun los más selectos no pueden alimentar ese anhelo de novedad, de imperfecta investigación y de regocijo constante que domina el espíritu de la niñez. Si los maestros imponen en las escuelas la lectura, por ejemplo, de una página de Espinel y otra de Hurtado de Mendoza, ¿no sería de mayor utilidad y recreo para los niños leer las *Relaciones de la vida y aventuras del escudero Marcos de Obregón* ó *El Lazarillo de Tormes*, de aquellos insignes novelistas?

Éstos y otros libros de fácil comprensión y de gallardo estilo que enriquecen nuestra literatura clásica, obras por lo general de ameno entretenimiento, no carecen de ideas profundas ni de máximas sociales; son espejos del humano saber, fuentes de verdades eternas, hermosas concepciones de inteligencias peregrinas; pero no contienen las enseñanzas, los pensamientos, las bellezas, las grandiosidades del libro sin rival.

Vengamos á suponer que un ministro de Felipe III hubiese solicitado del Príncipe de los ingenios la redacción de un tomo que sirviera de lectura en las escuelas (1). Quién duda que Cervantes le diría: «ahí tenéis mi famoso *Don Quijote*: borrad todos sus episodios escabrosos y reducid sus páginas; y ninguna obra de alta moral hallaréis que se le iguale». Don Quijote y Sancho Panza son dos personajes novelescos que desatan siempre la franca alegría de los niños.

¿Y dónde hallar tesoro más abundante de estudio para cuantos emprenden el camino de la vida? Imaginaros una

(1) En la dedicatoria al Conde de Lemos, segunda parte, dice Cervantes: «... porque quería fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y quería que el libro que se leyese fuera el de la historia de *Don Quijote*; juntamente con esto me decía que fuese yo á ser el rector del tal colegio».

arca de hierro abierta y cuajada de pedrería hasta los bordes. No habrá nadie por muy profano que sea que no se deslumbrase ante los encendidos y radiantes colores de las preciosas piedras; mas para tasarlas en su justo valor, le será forzoso aprender á discernir entre los rubíes y las esmeraldas, los zafiros y los brillantes.

Ésta es, pues, la misión de los profesores de primera enseñanza: mostrar á sus alumnos los tallados y facetas de los brillantes y los orientes de las perlas, seguros de que han de sentir, cuando alcancen la mayor edad, un arraigado fervor hacia nuestras glorias literarias.

Ya nadie lo ignora. El *Quijote* revela cuanto es norma de conducta en la existencia, aquello que constituye un aviso social, los caminos abiertos al progreso humano, las aspiraciones del alma, los desmayos del espíritu, las flaquezas de la carne: es un cuadro de la naturaleza, como un campo de espigas, donde las amapolas cubren enrojecidas la semilla del dolor.

Y los gobiernos, y la justicia, y el ejército, y la nobleza, y los reyes de aquella época se reflejan en la transparencia del *Quijote* como los árboles en la mansedumbre de los ríos. Eran también aquellos tiempos de caballerías: porque nuestro andante hidalgo hería, desbarataba rebaños, invadía la propiedad, agredía en medio de los caminos reales á todo bicho viviente y ni sombra de autoridad percibíase por parte alguna. Y cuando figuraba un cuadrillero como testigo en los alborotos de la venta, si de algo servía, era tan sólo para echar una mano en el manteamiento de Sancho Panza. El desconcierto y la arbitrariedad reinantes empujaron al patíbulo al ilustre privado, por cuya entereza al morir hizo un proverbio el vulgo: «Tiene más orgullo que D. Rodrigo en la horca», se dice hoy todavía.

Los maestros deben llamar la atención de los niños so-

bre los juicios, las definiciones, los aforismos que van engarzados en todo lugar y en todo momento en las sublimes narraciones. No quiso hacer el autor un libro de filosofía y se desborda en torrentes desatados de sus hojas; no quiso escribir un libro de costumbres y retrata las de su tiempo con brioso colorido: los aprestos de las armadas, las asociaciones piadosas destinadas á la redención de cautivos, la molicie de los grandes señores, las angustias de los expulsados moriscos, la inseguridad de las poblaciones, la ferocidad de la justicia; pretendió sólo darnos la medida de las aficiones literarias del héroe manchego y transmitió al que leyere una historia bibliográfica de la literatura de su tiempo.

Elude al parecer de intento toda semblanza de la corte, y predice la futura prosperidad de Barcelona, «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades», según dice.

Hay en el libro intuiciones que parecen caídas del cielo, pues diríase que Cervantes había presentido nuestra época. En efecto, Don Quijote, como los oradores políticos actuales, llegaba á cualquier paraje, comía á toda su libertad y talante y servidos los postres, lanzaba un discurso portentoso hasta dejar atónito y estupefacto al auditorio. Sancho Panza retrata á su amo con un solo rasgo: «Más bueno era vuestra merced para predicador que para caballero andante».

En el libro hallarán las personas estudiosas materiales para todas las citas, apotegmas para todos los gustos, consejos para todas las profesiones, ejemplos para todas las edades, consuelos para todos los dolores del alma, advertencias para todos los casos de la vida. Y el relato de las materias que con más ó menos amplitud se estampan en

el *Quijote* no tendría término; porque en aquellos folios perdurables fulguran como estrellas en noche luminosa, frases eternas acerca de los historiadores, de los clérigos, de los soldados, de los linajes, de obras dramáticas insignes, de los gobernantes de las colonias hispanas, de la celebridad de los hombres públicos, de la influencia y protección que ya tenían los comediantes en aquel tiempo, de los odios y pependencias entre pueblos comarcanos, de las supersticiones, de los bailes, de los traductores, de los caballeros, de las artes de guerra, de las ingraticudes; acerca de la forma ó proceder de alcanzar y conseguir dádivas, de los gobernadores, de los críticos, de los médicos. «Verdugo de la república» llama Sancho al mal médico. Y en otro pasaje dice: «Á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como á personas divinas». «Los buenos — exclama más adelante — palmas y lauros merecen.» Molière no hubiera escrito *El amor médico*, comedia que fué una declaración de guerra á la Facultad de Medicina en Francia, si hubiera meditado las reflexiones del *Quijote* (1).

Las sentencias de Sancho en el gobierno de la ínsula ofrecen los esplendores del ingenio de Cervantes. En el pleito de las caperuzas alguien podrá creer que estuvo poco acertado Sancho, pues el sastre evidenció su mala fe. El fallo es más propio de un rústico que de un jurisperito: creyérase que el escritor presentía también la moderna y hermosa institución del jurado, que obra por sentimiento, no siempre imbuido de la justicia, de la constante y perpetua voluntad de dar á cada uno su derecho. Y se ob-

(1) Antes había escrito Tirso de Molina su comedia *El amor médico*.

L'amour médecin de Molière no se parece en nada al del maestro Fray Gabriel Téllez.

serva en aquellas jornadas del gobierno, que es antiguo en España el miedo á la curia. Sancho ronda una noche por las calles de su ínsula. Un corchete conduce á la presencia del gobernador á un mozo que así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr. «¿Por qué huíais, hombre? pregunta Sancho: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen.»

Los peligros y responsabilidades del gobierno disipan las satisfacciones del cargo y Sancho Panza dimite «con carácter de irrevocable». Qué filosofía tan conmovedora encierran estas palabras: «Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad.»

«¡La libertad! Uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos—dice Don Quijote:—con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres.»

Si es verdad que por lo menos han de saber gramática los que gobiernan ínsulas, según afirmaba Sansón Carrasco, no es menos cierto que las facultades del ánimo, la rectitud y la clara percepción de la justicia distributiva aseguran el acierto en las autoridades antes que los títulos académicos cuando no van acompañados de aquellas virtudes. La cordialidad en el trato y la sencillez en las costumbres han creado más ídolos en el pueblo que el dominio de las ciencias y el conocimiento de abstrusos problemas que se reconocen en gobernantes soberbios ó prevaricadores. Como es cierto también que la dignidad y la práctica de los altos destinos suele avivar el ingenio y ennoblecer la condición de los hombres vulgares pero favorecidos de una noble y recta intención; porque las cum-

bres del poder tienen esa propiedad, que á unos empequeñecen y á otros agigantan. Y de todo esto es un ejemplo vivo Sancho Panza, cuyo espíritu se transforma y eleva en el desempeño insular.

Pero los recuerdos del poder como los del hogar tienen sus nostalgias y Sancho desencantado del gobierno, «todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas».

Son interminables las observaciones que ha de sugerirle al magisterio la lectura del libro. Cuando Don Quijote se encoleriza con Sancho le habla de vos. Tal proceder parece enderezado á ridiculizar la añeja costumbre de los padres y maestros que hablan á los niños de modo análogo para significarles un despego y una severidad que por lo común no sienten, y cuando la dulzura y la reprensión no han sido nunca incompatibles.

La perpetua mancomunidad de *Don Quijote* y Sancho (1) determina el consorcio de ambos espíritus, la asimilación de una á otra inteligencia, y la capacidad de Sancho se reacciona, se vivifica, se encumbra: que más se aprende con la conversación á todas horas de un hombre excepcional y que expone sus doctrinas metódicamente, que abandonado uno propio á sus exiguas y naturales facultades, sin guía, sin horizontes, y sobre todo sin desentrañar los fundamentos del saber. Y esto supone el verdadero sistema pedagógico: entre poner un libro en las manos de un niño para que lo transmita á su memoria, ó incul-

(1) Quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere...

carle sus doctrinas oralmente, siempre será preferible adoptar el segundo procedimiento.

El valor educativo del *Quijote* alcanza todo su relieve, aun sin enumerar otros diversos temas contenidos de gran enseñanza, por la soberanía de la dicción, por la majestad del lenguaje. Insignes literatos han considerado como asombrosos modelos de prosa poética «aquellas discretas altercaciones que Don Quijote y el canónico tuvieron» acerca de los libros de caballerías y el celebrado discurso de pueblos y razas que hizo nuestro valeroso hidalgo «cuando vió la grande y espesa polvareda que levantaban las ovejas y carneros», y el no menos famoso de las armas y las letras. Si tanto entusiasmo despierta en los extranjeros el *Quijote*, sin que logren aquilatar el valor de su prosa, ¿qué límites podrá nadie señalar á su mérito?

Nos hemos propuesto únicamente en este ligero estudio presentar á Cervantes ante la ciencia pedagógica, porque Cervantes no hizo otra cosa que enseñar, y enseñar con inspirado y perfecto método, con las magias y con los donaires de los grandes maestros.

Si la *Biblia* es el libro de la Iglesia el *Quijote* debiera ser el libro de las escuelas. Cervantes no tuvo otro fin al escribirlo que desterrar los libros de caballerías; y con sus endriagos y fantasmas, con sus gigantes y dragones, que enloquecían la razón y aniquilaban la fe y la esperanza puesta en cruz ante la grandeza divina, que nunca ni para nada la tenían en cuenta, libros de caballerías son los que arraigan las supersticiones, los que difunden el mal gusto, los que extravían la juventud, los que tuercen ó devoran su juicio.

Por último. Nada existe allí que encienda ó avive los malos pensamientos: es un fragante rosal sin espinas. Cuando se identifiquen los niños con estas hojas embal-

samadas por el amor á la humanidad, acaso nacido en el cautiverio; cuando se internen por estas lecciones fundamentales de la experiencia, cuando sus espíritus convivan con estas realidades mundanas, ellos sabrán conducirse en todos los actos sociales, porque multitud de preceptos de urbanidad se enlazan unos á otros en el *Quijote* como rosarios de virtudes.

Eduardo Vincenti.

Madrid-Mayo-1905.

BIOGRAFIA DE CERVANTES

- 1547.—Miguel Cervantes de Saavedra fué bautizado (se ignora el día de su natalicio) el 9 de Octubre de este año en la iglesia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares. Consta así, no sólo por la partida de bautismo existente en el archivo parroquial de la expresada iglesia, sino por un documento que, á 18 de Diciembre de 1580, firma en Madrid el mismo Cervantes, en el que declara: *ser natural de dicha ciudad*; haber estado cautivo en Argel, y rescatado en el modo y forma que en el documento se indica.
- 1568.—Los datos fidedignos que poseemos sobre la infancia, niñez y adolescencia de Cervantes son por todo extremo escasos, y se reducen á dos: que siendo muchacho había oído en el teatro á Lope de Rueda, y que Juan López de Hoyos, Maestro de humanidades, residente á la sazón en Madrid, le llamaba «*mi caro y amigo discípulo*».
- 1569.—Un soneto, una elegía y cinco redondillas, compuestas á la muerte de Isabel de Valois, ocurrida en el año anterior, he ahí las primicias de su pluma. Menos ciertos que deslumbradores, los argumentos aducidos para probar que estudió en la

Universidad de Salamanca no han recibido aún la sanción de la crítica.

A los veintidós años marcha á Roma, embarcándose, no sabemos en cuál de nuestros puertos, como camarero del cardenal Acquaviva. La honra del embarque en sus respectivos puertos la reclaman para sí Barcelona y Cartagena.

1570.—Deja el palacio del cardenal y se alista en el tercio que manda Miguel de Moncada.

1571.—En 7 de Octubre, memorable para la cristiandad, con todo y estar postrado por la fiebre, toma parte en la batalla y rota del turco en el golfo de Lepanto:

A esta dulce sazón (1), yo ¡triste! estaba,
con la una mano á la espada asida,
y sangre de la otra derramaba.

1572.—Curado ya de sus heridas, sale de Mesina incorporándose á la compañía de Ponce de León.

1573.—Asiste á la toma de la Goleta, se restituye á Sicilia, recorriendo luego parte de Italia.

1574.—Al comenzar el año se hallaba en Cerdeña, después en el Genovesado.

1575.—Solicitada licencia para regresar á España, se embarca en Nápoles en la galera *Sol*, y atacada por unos piratas berberiscos, los tripulantes son llevados como cautivos á Argel.

1576.—Antonio Marco declara que en Marzo, al salir de Argel, quedaba aún Miguel de Cervantes en poder de Mami, capitán de corsarios.

1577.—Primera intentona de fuga con otros quince compañeros.

1578.—Entregan sus padres y hermana á Fr. Jerónimo de

(1) Según escribió algunos años después.

Villalobos 3.267 reales pasa el rescate de Miguel, que no se efectúa por estimarse corta dicha cantidad.

1579.—Nuevo intento de fuga; escribe á la sazón la famosa epístola á Mateo Vázquez.

1580.—El redentorista Fr. Juan Gil le rescata al fin por 500 ducados en oro; así lo declara su padre en documento público. El 18 de Diciembre aparece estar ya en Madrid.

1581.—Que por el mes de Junio se hallaba en Cartagena, y por el de Agosto en Lisboa, lo confirman dos cédulas del Archivo de Simancas.

1582.—Sábese que por esta época estuvo con su hermano en el combate naval de la isla de San Miguel.

1583.—Sale en Junio en la flota del Marqués de Santa Cruz para las Terceras (Las Azores).

1584.—Por la partida de matrimonio, existente en Esquivias, consta que efectuó su enlace con D.^a Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, á 12 de Diciembre.

1585.—Publica en este año *La Galatea*.

1586.—Escribe una que otra composición poética.

1587.—Desempeña en Andalucía varias comisiones para aprovisionamiento de la Armada.

1588.—Es nombrado Comisario Real para proveer de víveres al Ejército.

1589.—Continúa en el desempeño del mismo cargo.

1590.—Solicita del Rey un cargo de los vacantes en Indias.

1591.—Presenta en Sevilla relación jurada de las compras hechas últimamente.

1592.—Por ajena culpa y motivo no deshonoroso, es reducido á prisión en Castro del Río.

1593.—Reconocen sus superiores la rectitud con que procedía en las comisiones que se le confiaban.

1594.—Va á la ciudad de Granada para cobrar las tercias

y alcabalas mediante fianza de 4.000 ducados que garantiza Suárez Casco.

1595.—Presúmese estuviera en Zaragoza á recoger el premio obtenido en un certamen.

1596.—Compone en Sevilla dos famosos sonetos.

1597.—Sigue rindiendo culto á las musas, y por haber huido con fondos uno de sus auxiliares, Cervantes va nuevamente á la cárcel. Créese fundadamente que allí concibió el pensamiento de escribir el *Don Quijote*.

1598.—Pertenece á esta fecha el humorístico soneto de:

«¡Vive Dios, que me espanta esta grandeza!»

1599.—Son varias las personas que le confían negocios de verdadera importancia; prueba evidente de su acrisolada honradez.

1600.—Continúa en Sevilla.

1601 y 1602.—Franquea en dicha población al muy agudo Agustín de Rojas el inédito borrador de su inmortal novela.

1603.—Reducido nuevamente á prisión, sale de la cárcel bajo palabra de honor y se traslada á Valladolid, corte entonces de España.

1604.—Se le concede el privilegio indispensable para imprimir el *Don Quijote*.

1605.—Sale éste á luz pública con el título de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y cosa notable en época de tantos analfabetos, se hacen hasta seis ediciones en el mismo año. Por muerte dada á Espeleta al pie de la casa de nuestro novelista, sufre nueva prisión, sin que él ni su familia tuvieran culpa alguna de tan desgraciado suceso.

1606.—En la primavera de este año concluye su novela *La Española inglesa*. No está probado que asistiese el 4 de Julio á la alborozada fiesta de San Juan de

Alfarache, pueblo ribereño muy próximo á Sevilla.

1607.—Consta que en esta fecha adeudaba 450 reales á su editor, ó mercader de libros, como decían entonces.

1608.—De la imprenta de Juan de la Cuesta sale otra edición del *Quijote*, muy discutida entre los cervantistas.

1609.—Ingresa en una congregación como *esclavo del Santísimo Sacramento*, siendo entre sus 400 hermanos uno de los 30 que asistían con mayor asiduidad.

1610.—El detalle más importante es que continuaba viviendo en Madrid, donde ya estaba otra vez la corte.

1611.—Á 29 de Noviembre firma mancomunadamente con su amigo Urbina la escritura de dote de D.^a Isabel al casarse con Molina.

1612.—Asiste en 26 de Febrero á la Academia del Conde de Saldaña á la lectura que hizo Lope de una *canción*; pide prestados á Cervantes sus anteojos; dáselos y aquél le dice *que parecen huevos estrellados mal hechos*.

1613.—Toma el hábito de la Venerable Orden Tercera de San Francisco en Alcalá de Henares. En Agosto publica las *Novelas ejemplares*, en cuyo prólogo nos da el autor su retrato y en ellas su alma. «Son mías propias, dice, no imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.»

1614.—Concurre con una poesía al certamen en honor de las fiestas que se celebraron por la beatificación de Santa Teresa de Jesús. Puesto á la venta por Noviembre *El Viaje del Parnaso*, es entretenimiento sabroso de la corte durante semanas enteras; los poetas se ven retratados allí de cuerpo

entero. Empeñado en poner remate de oro á su preciosa joya, viene á sorprenderle un libro que lleva por título *Don Quijote de la Mancha*, compuesto por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda (1), natural de Tordesillas.

1615.—Da á la estampa ocho comedias y ocho entremeses nuevos, nunca representados. Al terminar el año vió la luz pública la segunda parte del *Ingenioso caballero Don Quixote de la Mancha*, por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte, contestando así á las viles represalias del encubierto Avellaneda. El señalado mérito del primer libro de la literatura moderna no se ha de buscar en recónditas alusiones, que salvo dos ó tres, todas son bien claras, sino en la concepción típica de los personajes, en ser una pintura de la vida y costumbres henchida de inimitable *humor*, en ser una obra humana y de trascendencia universal, retrato de su época y, á la vez, pintura de una realidad permanente.

Como Homero y Shakespeare, pertenece á la literatura universal por su potencia creadora, por su riqueza de invención, por el esplendor de su forma.

1616.—Agravado en su enfermedad y recibida la Extremación, el 19 de Abril escribe la noble dedicatoria del *Persiles*, recordando aquel viejo romance,

«Puesto ya el pie en el estribo»,

á su protector el Conde de Lemos, y se despide de los suyos diciendo: «yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida». Muere el 23 de Abril, y el que tuvo aplausos y

(1) Es un pseudónimo ó falso nombre: aun no se ha podido averiguar quien sea este Avellaneda.

flores para tantos y tantos poetas, sólo halló el día de su muerte á los hermanos de la Venerable Orden Tercera, que amortajándole con el sayal de San Francisco, y sin cruzar las manos sobre el pecho como era costumbre, empuñaba en la diestra una cruz de madera y así le llevaron en hombros á la iglesia de las Trinitarias, sin más acompañamiento de literatos que el de dos poetas, quizá no celebrados por él; pero que le lloraron amargamente, dedicándole sendos epitafios.

Y al siguiente día, domingo 24, los frailes trinitarios celebraron el oficio de difuntos; terminado éste, dieron sepultura al cuerpo.

...¿Dónde?... Allí mismo. ¿Han parecido sus restos?... No; la pesada mano del tiempo borró las huellas de su sepultura.

CLEMENTE CORTEJÓN.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

**De la condición y ejercicio del famoso hidalgo
Don Quijote de la Mancha.**

EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme (1), no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero (2), adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados (3), lantejas los viernes, algún palo-

(1) Presúmese que este lugar, al cual hace Cervantes patria de Don Quijote, es Argamasilla de Alba.—*P.*

(2) Ó lancera, que era un estante en donde los hidalgos ponían las lanzas en el patio ó soportal de sus casas. La adarga, que se menciona en seguida, era un arma defensiva de forma ovada, como un escudo, y cubierta de piel.—*P.*

(3) Era costumbre en algunos lugares de la Mancha traer los pastores á casa de sus amos las reses que entre semana se morían, ó que de cualquier otro modo se desgraciaban, de cuya carne des-huesada y acecinada se hacían y hacen salones. De estos huesos quebrantados y de los extremos de las mismas reses se componía la

mino de añadidura los domingos consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte (1), calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos.

olla en tiempo en que no se permitía en los reinos de Castilla comer los sábados de las demás partes de ellas, ni grošura, cuya costumbre derogó Benedicto XIV. Esta comida se llamaba *duelos y quebrantos*, con alusión al sentimiento y duelo que causaba, como es regular, á los dueños el menoscabo de su ganado y el quebrantamiento de los huesos; así como para significar una pobre y escasa comida, se decía y dice todavía hacer penitencia, azotes y galeras.—P.

(1) *Velarte* era el paño fino y estimado, antes que se usasen los limistes y veinticuátrenos de Segovia. *Las calzas y pantuflos de velludo* eran las medias y borceguíes y los zapatos ó chinelas de felpa ó terciopelo.—Arr.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio.

En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con todas sus armas y caballo á buscar las aventuras y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama.

Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón.

Fué luego á ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babiaca el del Cid con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; al fin le vino á llamar *Rocinante*, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponersele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino á llamar *Don Quijote*; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debía de llamar Quijada y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa y se llamó Ama-

dís de Gaula, así quiso, como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *Don Quijote de la Mancha*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

CAPÍTULO II

De la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote.

HECHAS, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo por su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, una mañana antes del día (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio á su buen deseo.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa

tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba). Y añadió diciendo: «¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, á quien ha de tocar ser cronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras». Anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y mirando á todas partes, vió no lejos del camino por donde iba una venta.

Dióse prisa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecía. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada; y como á nuestro aventurero todo cuanto pasaba, veía ó imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que de semejantes castillos se pintan.

En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida; y así con extraño contento llegó á la venta y

á las damas; las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero Don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo:

—Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto más á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servía deste menester; mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horudara uná caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recibía en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada.

Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar Don Quijote que estaba en algún famoso castillo y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candeal, y las mozas damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPÍTULO III

De la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.

Y ASÍ fatigado deste pensamiento, abrevió su ventril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, hasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vió á su huésped á sus pies y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío—respondió Don Quijote;—y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro

de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oírle semejantes razones, y por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor, y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él asimismo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio, y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traía dineros: respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. Á esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban

bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de unguentos para curar las heridas que recibían, porque no todas las veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían huridos había quien los curase.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazón de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos.

Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento!

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud). antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo.—Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó al suelo tan maltrecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus

armas y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero.

Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado (porque aún estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido llegó toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, abrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mio! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo.

Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera él pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría aunque los matase á todos. También Don Quijote les daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía.

—Pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía.

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían: y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y

él dejó retirar á los heridos y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose á él, se disculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dijole cómo ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuando más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos dichas doncellas, se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un gran golpe (1), y tras él con su misma espada un gentil espaldara-

(1) Llamábase la *pescozada*, y la daban los mismos reyes cuando armaban caballeros, como se la dió el rey católico á Juan de Avencia, según dice el P. Guardiola; con la cual se advertía á los caballeros noveles que se despertasen y no se durmiesen en las cosas de la caballería. (*Tratado de nobleza*: pág. 93 y sig.)

zo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenían la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

—Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero, y le dé venturas en lides.

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí en adelante á quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía en las tendillas de Sanchobienaya (1), y que donde quiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese don y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual también rogó Don Quijote que se pusiese don y se llamase doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle

(1) Otra plaza de tiendas hay muy antigua y nombrada, dice el Dr. Pisa (lib. I, cap. XLI), de Sancho Minaya, con otras carnicerías junto al hospital de la Misericordia. El Dr. Pedro Salazar dice que se han de llamar estas tiendas de Sancho Bienhaya.

armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

CAPÍTULO IV

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

LA del alba (1) sería cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las preveniciones tan necesarias que había de llevar consigo, especialmente la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderial de la caballería.

No había andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas como de persona que se quejaba, y apenas las hubo oído, cuando dijo:

(1) Esto es, la hora del alba, cuyo sustantivo *hora*, con que finaliza el cap. III, es la palabra inmediata al artículo *LA* con que empieza el IV, leyendo el texto seguido y sin interrupción de capítulos ni epígrafes, que se inventaron modernamente para descanso y comodidad del lector. Los antiguos, á lo menos, sin ellos escribían.

—Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos.

Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía:

—La lengua queda y los ojos listos.

Y el muchacho respondía:

—No lo haré otra vez, señor mio; por la Pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato.

Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo:

—Descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada á la encina á donde estaba arrendada la yegua), que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo.

El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió:

—Señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada día me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente.

—¿Miente delante de mí, ruin villano?—dijo Don Quijote.—Por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza; pagadle luego sin más réplica,

si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto; desatadlo luego.

El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y dijole al labrador que al momento lo desembolsase, si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aún no había jurado nada), que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo.

—Bien está todo eso—replicó Don Quijote,—pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habéis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habéis rotpido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habéis sacado; así, que por esta parte no os debe nada.

—El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros; véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro.

—¿Irme yo con él—dijo el muchacho—más? ¡Mal año! No señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como un San Bartolomé.

—No hará tal—replicó Don Quijote,—basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga.

—Mire vuestra merced, señor, lo que dice—dijo el muchacho,—que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino de Quintanar.

—Importa poco eso—respondió Don Quijote,—que Hal-

dudos puede haber caballeros, cuanto más que cada uno es hijo de sus obras.

—Así es verdad—dijo Andrés,—pero este mi amo ¿de qué obra es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo?

—No niego, hermano Andrés—respondió el labrador,—y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro y aun sahumados.

—Del sahumero os hago gracia—dijo Don Quijote; —dádseles en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado, si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pronunciada.

Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó de ellos.

Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto el bosque y que ya no parecía, volvióse á su criado Andrés y díjole:

—Venid acá, hijo mío, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado.

—Eso juro yo—dijo Andrés,—y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que según es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo.

También lo juro yo—dijo el labrador,—pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga.

Y asiéndole del brazo le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes, que le dejó por muerto.

Habiendo andado como dos millas descubrió Don Quijote un grande tropel de gente que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran cuatro (1) y venían con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo y dos mozos de mulas á pie. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecía posible los pasos que había leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba, y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oír, levantó Don Quijote la voz y con ademán arrogante dijo:

—Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son de estas razones y al ver la extraña figura del que las decía, y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía, y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

—Señor caballero, nosotros no conocemos quién es esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por vuestra parte nos es pedida.

—Si os la mostrara—replicó Don Quijote,—¿qué hiciérais vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar,

(1) Otras ediciones dicen *seis* y los mozos tres; pero el señor Hartzenbusch los reduce á cuatro y los mozos á dos. En efecto, Don Quijote dice después que los jayanes eran *diez*.

afirmar, jurar y defender; donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ora vengáis uno á uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte tengo.

—Señor caballero—replicó el mercader, —suplico á vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aquí estamos, que porque no carguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más, siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere.

—No le mana, canalla infame—respondió Don Quijote encendido en cólera.—no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como lo es la de mi señora.

Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra el que lo había dicho, con tanta furia y enojo que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo:

—Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva; atended,

que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.

Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno de ellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual, después que se vió solo, tornó á probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer sano y bueno, ¿cómo lo haría molido y casi deshecho?

CAPÍTULO V

Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero.

VIENDO, pues, que en efecto no podía menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros, y trájole su locura á la memoria aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña, historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. Ésta, pues, le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se hallaba, y así, con muestras de grande sentimiento, se comenzó á volcar por la tierra y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decía el herido caballero del bosque:

¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

¡Oh noble marqués de Mantua,
mi tío y señor carnal!

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo que venía de llevar una carga de trigo al molino, el cual, viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él y le preguntó que quién era y qué mal sentía que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua, su tío, y así no le respondió otra cosa sino que fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates, y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenía lleno de polvo, y apenas le hubo limpiado cuando le conoció y le dijo:

—Señor Quijada—que así se debía de llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado á caballero andante,—¿quién ha puesto á vuestra merced desta suerte?

Pero él seguía con su romance á cuanto le preguntaba.

Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenía alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hacia su pueblo, bien pensativo de oír los disparates que Don Quijote decía.

En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecía; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, por que no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.

CAPÍTULO VI

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quijote de la Mancha.

EN este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale, entre otras cosas, Don Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna insula y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela (1) que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada (2) lo mejor que pudo, avisó á su escudero

(1) Lanza debe decir, según Hartzenbusch.

(2) Era la pieza de armadura antigua que servía para cubrir y defender la cabeza.—*Arr.*

Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba hecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; mas con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado.

Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote á tomar la misma derrota y camino que había tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque, por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaba.

Dijo en esto Sancho Panza á su amo:

—Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

Á lo cual le respondió Don Quijote:

—Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las insulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte

tan agradecida usanza; antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, ó por lo mucho de marqués, de algún valle ó provincia de poco más ó menos; pero si tú vi- ves y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ga- nase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te pro- meto.

—Desa manera—respondió Sancho Panza,—si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oíslo (1), vendría á ser reina y mis hijos infantiles.

—¿Pues quién lo duda?—respondió Don Quijote.

—Yo lo dudo—replicó Sancho Panza,—porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; con- desa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

—Encomiéndalo tú á Dios, Sancho—respondió Don Qui- jote,—que él le dará lo que más le convenga; pero no apo- ñes tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado (2).

(1) En vez de Juana Gutiérrez, escribe Hartzenbusch *Teresa*, y más abajo, en lugar de *Mari Gutiérrez*, *Terça Cascajo*. Tal, en efecto, parece que era el nombre que definitivamente gustó dar Cervantes á la mujer de Sancho Panza, aunque no corrigió el error en los primeros pliegos de su obra. *Oíslo* equivale á consorte.

(2) Esto es, gobernador de provincia, con su audiencia para sentenciar y definir pleitos; que esto era antiguamente el adelan- tado de Castilla, según Covarrubias, quien añade: «El oficio de

—No haré, señor mío—respondió Sancho,—y más te- niendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

éste es muy grande, ca es puesto por mandado del rey sobre todos los merinos».—*Arr.*

CAPÍTULO VII

Del buen suceso que el valeroso Don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.

EN esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como Don Quijote los vió, dijo á su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, dónde se descubren treinta ó poco más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que ésta es buena guerra y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes?—dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves—respondió su amo—de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced—respondió Sancho—que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, movidas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece—respondió Don Quijote—que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si

tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba á acometer.

Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su adarga, con la lanza en el ristre (1), arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho (2) por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—¡Válame Dios!—dijo Sancho.—¿No le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino

(1) Era un hierro que se introducía en el peto á la parte derecha, donde encajaba el cabo de la manija de la lanza para afirmar en él.—*P.*

(2) Esto es, maltraído, malparado, ó maltratado.—*Arr.*

molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho—respondió Don Quijote,—que las cosas de la guerra más que otras están sujetas á continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frisón que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

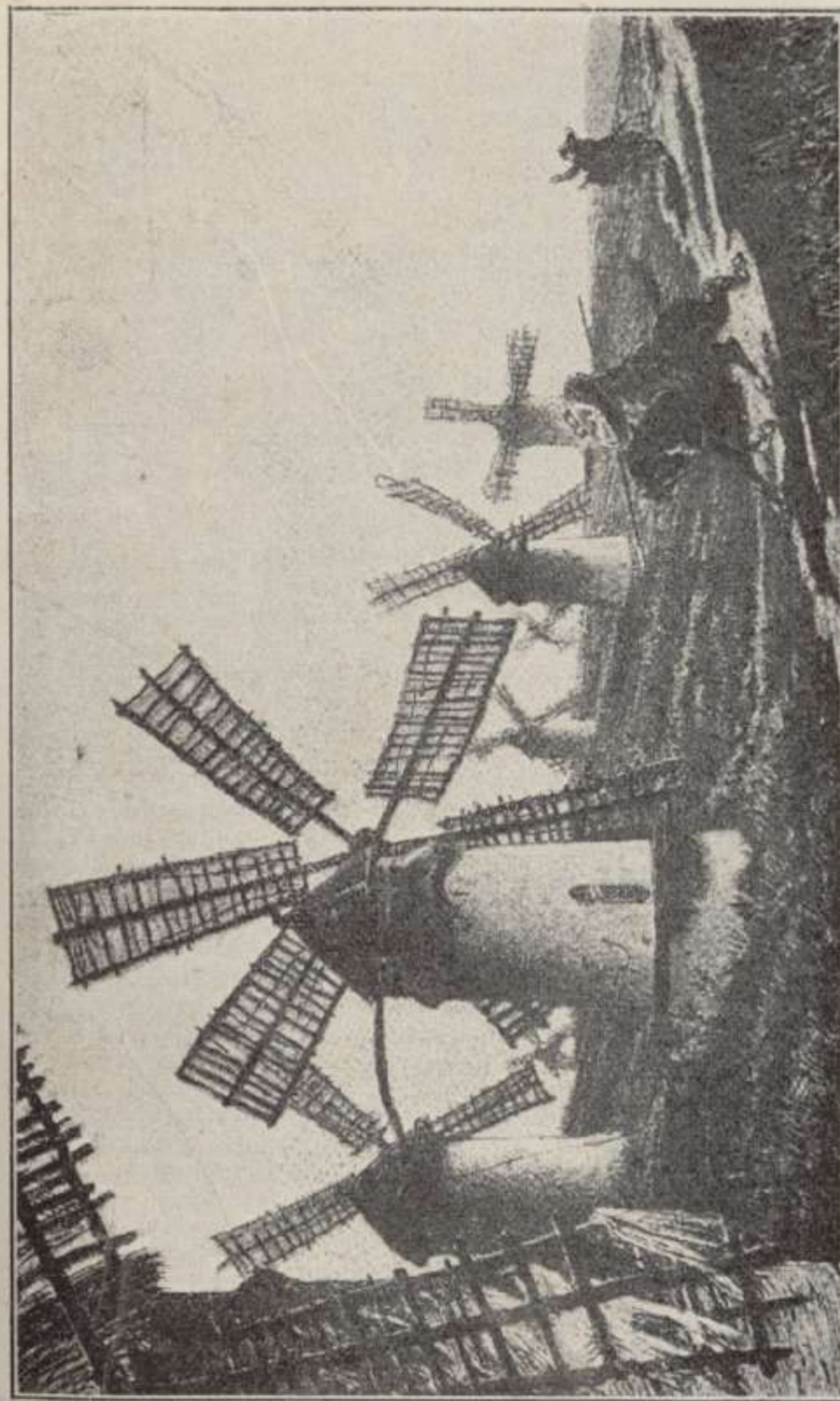
—Dios lo haga como puede—respondió Sancho Panza.

Y ayudándole á levantar tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante Vargas y Machuca (1). Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro ramo tal y tan bueno como aquél, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—Á la mano de Dios—dijo Sancho.—Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco,

(1) Sucedió este caso en la conquista de Jerez, cuando se ganó de los moros, sobre el cual se escribieron varios romances.—P.



que parece que va de medio lado, y debe de ser del moli-
miento de la caída.

—Así es la verdad—respondió Don Quijote;—y si no me
quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andan-
tantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las
tripas por ella (1).

—Si eso es así, no tengo yo que replicar—respondió San-
cho;—pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced
se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí se decir
que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si
ya no se entiende también con los escuderos de los caba-
llos andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reir Don Quijote de la simplicidad de su
escudero, y así le declaró que podía muy bien quejarse
como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta en-
tonces no había leído cosa en contrario en la orden de ca-
ballería.

Dijole Sancho que mirase que era hora de comer. Res-
pondióle su amo que por entonces no le hacía menester,
que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se
acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sa-
cando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba ca-
minando y comiendo detrás de su amo muy de espacio, y de
cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que
le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga.
Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tra-
gos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le
hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho
descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que
fuesen. En resolución, aquella noche la pasaron entre unos
árboles, y del uno dellos desgajó Don Quijote un ramo seco
que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que
quitó de la que se había quebrado. Toda aquella noche no

(1) Regla nona: Que ningún caballero se queje de alguna herida
que tenga. (Márquez, *Tesoro*: folio 50).—P.

durmió Don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza que, como tenía el estómago lleno y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota; y hallóla más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias.

Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á hora de las tres del día le descubrieron.

—Aquí—dijo en viéndolo Don Quijote—podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden son canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor—respondió Sancho,—que vuestra merced será bien obedecido en esto, y más que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiera agraviarle.

—No digo yo menos—respondió Don Quijote;—pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré—respondió Sancho—y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos (1) de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó Don Quijote, cuando dijo á su escudero:

—Ó yo me engaño, ó ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser, y son sin duda, algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento—dijo Sancho.—Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que se engañe.

—Ya te he dicho, Sancho—respondió Don Quijote,—que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto, se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no,

(1) Antojos, en lugar de anteojos, que es como ahora se dice.—*Arr.*

aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote, como de sus razones, á las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somo endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.

—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya os conozco, fementida canalla, dijo Don Quijote.—Y sin esperar más respuesta, picó á Rocinante y, la lanza baja, arremetió al primer fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto.

El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula y comenzó á correr por aquella campaña más ligero que el viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legitimamente, como despojos de la batalla que su señor Don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto, tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro, y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si

llevaran el diablo á las espaldas. Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Todo esto que Don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban que era vizcaíno: el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quijote, y asiéndole de la lanza, le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaína desta manera:

—Anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendiólo muy bien Don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

Á lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro á Dios tan mientes como cristiano; si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrages—respondió Don Quijote.

Y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y abrazó su rodela y arremetió al vizcaíno con determinación de

quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviasse de allí algún poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaíno una gran cuchillada á Don Quijoté encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dió una gran voz diciendo:

—¡Oh, señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno todo fué en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaíno, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje y determinó de hacer lo mismo que Don Quijote, y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podía dar un paso.

CAPÍTULO VIII

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron.

PUESTAS y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsese la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal-trecho.

¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los

estribos y apretando más la espada en las dos manos con tal furia descargó sobre el vizcaíno acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quijote, y como lo vió caer saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, si no que le cortaría la cabeza. Estaba el vizcaíno tan turbado que no podía responder palabra, y él lo pasara mal, según estaba ciego Don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habían mirado la pendencia, no fueran á donde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual Don Quijote respondió con mucho entono y gravedad:

—Por cierto, hermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís, mas ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad.

Las temerosas desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que Don Quijote pedía y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

—Pues en fe de esa palabra yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.

CAPÍTULO IX

De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero.

YA en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor Don Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle victoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya acabada la pendencia y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante de él y asiéndole de la mano se la besó y le dijo:

—Sea vuestra merced servido, señor Don Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.

Á lo cual respondió Don Quijote:

—Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas, sino encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos; tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.

Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga (1) le ayudó á subir sobre Rocinante y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba.

Seguíale Sancho á todo trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atrás le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hizolo así Don Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo:

—Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia que según quedó maltrecho aquel con quien combatisteis, no será mucho que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan, y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel que nos ha sudar el hopo (2).

—Calla—dijo Don Quijote,—y ¿dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido?

—Yo no sé nada de omecillos (3)—respondió Sancho,—ni en mi vida le cate á ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo y en esotro no me entrometo.

—Pues no tengas pena, amigo—respondió Don Quijote,—que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más

(1) Era la armadura hecha de láminas pequeñas, por lo común de acero, que caían unas sobre otras, y servían para defensa del cuerpo en la guerra. También se llamaba así la que se ponía al caballo para el mismo fin.—*Arr.*

(2) *Sudar el hopo* es frase familiar que se usa para dar á entender que cuesta mucho afán y trabajo el conseguir ó ejecutar alguna cosa.—*Arr.*

(3) *Omecillo* es la voz *homicidio* en la boca de gente rústica é ignorante; *catar*, una de las acepciones de este verbo, es *procurar*.—*C.*

de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubier-to de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?

—La verdad sea—respondió Sancho,—que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced yo no le servido en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho; lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas.

—Todo eso fuera bien excusado—respondió Don Quijote—si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás (1), que con sólo una gota se ahorraran tiempo y medicinas.

—¿Qué redoma y bálsamo es ese?—dijo Sancho Panza.

—Es un bálsamo—respondió Don Quijote—de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay que pensar morir de ferida alguna; y así cuando yo le haga y te le dé no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiéndole de encajallo igualmente y al justo; luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

—Si eso hay—dijo Panza,—yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra

(1) *Ó fier à bras*, esto es: el de los fuertes brazos.—*P.*

merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza donde quiera á más de dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacella.

—Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres—respondió Don Quijote.

—Pecador de mí—replicó Sancho,—¿pues á qué aguarda vuestra merced á hacelle y á enseñármele?

—Calla, amigo—respondió Don Quijote,—que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte; y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera.

Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; más cuando Don Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo dijo:

—Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdivinos, que fué de no comer pan á manteles, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me hizo.

Oyendo esto Sancho le dijo:

—Advierta vuestra merced, señor Don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito.

—Has hablado y apuntado muy bien—respondió Don Quijote,—y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algún castillo donde aloje-

mos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja.

—Aquí trayo una cebolla y un poco de queso y no sé cuántos mendrugos de pan,—dijo Sancho;—pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced.

—¡Qué mal lo entiendes!—respondió Don Quijote.—Hágotte saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren más á mano; y esto se te hiciera cierto si hubieras leído tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relación de que los caballeros andantes comiesen si no era acaso y en algunos suntuosos banquetes que les hacían, y los demás días se los pasaban en flores. Y aunque se deja entender que no podían pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida sería de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo ni sacar la caballería andante de sus quicios.

—Perdóneme vuestra merced—dijo Sancho—que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho, no sé ni he caído en las reglas de la profesión caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia.

Y sacando en esto lo que dijo que traía, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar á donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y dié-

ronse priesa por llegar á poblado antes que anochebiese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasar allí la noche (1) que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedía era hacer un acto posesivo, que facilitaba la prueba de su caballería.

(1) Otras ediciones dicen pasarla allí. Hartzenbusch creë con razón que falta el sustantivo noche.—*F. C.*

CAPÍTULO X

De lo que sucedió á Don Quijote con unos cabreros.

FUÉ recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedían de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada había, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto al revés le pusieron. Sentóse Don Quijote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:

—Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado

y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.

—¡Gran merced!—dijo Sancho;—pero sé decir á vuestra merced que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y á mis solas, como sentado á par de un emperador.

No entendían los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacían otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el puño.

Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones:

—¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo

amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pu liese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretrejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban (1) los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habían la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje (2) aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado: se instituyó la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural

(1) Es decir, se leían de coro, como estaban escritos en el alma.
—F. C.

(2) La sentencia del juez voluntaria y caprichosa, desentendiéndose de las leyes.—P.

están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogisteis y regalasteis, es razón que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

Más tardó en hablar Don Quijote que en acabar la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo:

—Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oídos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, por que vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego, por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place—respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar.

CAPÍTULO XI

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traían del aldea el bastimento, y dijo:

—¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros? —¿Cómo lo podemos saber?—respondió uno de ellos.

—Pues sabed—prosiguió el mozo—que murió esta mañana aquel famoso pastor-estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza del aldea, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

—Por Marcela dirás—dijo uno.

—Por esa digo—respondió el cabrero;—y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y también mandó otras cosas tales, que los abades (1) del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estu-

(1) *Los abades:* se daba el nombre de *abades* á los curas.

diante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho; y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver: á lo menos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar.

Y Don Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquél y qué pastora aquélla. Á lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto á su lugar con opinión de muy sabio y muy leído. Principalmente decían que sabía la ciencia de las estrellas y de lo que pasa allá en el cielo, el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.

—Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores—dijo Don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

—Asimesmo adivinaba cuándo había de ser el año abundante ó estil.

—Estéril queréis decir, amigo—dijo Don Quijote.

—Estéril ó estil—respondió Pedro,—todo se sale allá. Digo, pues, señor de mi alma, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos; no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan

buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo, sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le había de pasar la de la hija; y así fué que cuando llegó á edad de catorce á quince años nadie la miraba que no bendecía á Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera que, así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tío se la diese por mujer. Y en lo demás sabréis que, aunque el tío proponía á la sobrina y le decía las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedían, rogándola que se casase y escogiese á su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dejaba el tío de importunarla y esperaba que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decía él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que permanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora, y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del lugar y dió en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decían

que la dejaba de querer y la adoraba. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halla el sol á la mañana; y cuál hay que, sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquél, y de aquéllos y destes, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que también lo es la que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua.

CAPÍTULO XII

**Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela,
con otros sucesos.**

MAS apenas comenzó á descubrirse el día por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á Don Quijote y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo y que ellos le harían compañía. Don Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino.

Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traía cada uno un grueso bastón de acebo en la mano; venían con ellos asimismo dos gentiles hombres de á caballo, muy aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban.

En llegándose á juntar se saludaron cortésmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero, le dijo:

—Paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor como de la pastora homicida.

—Así me lo parece á mí—respondió Vivaldo,—y no digo yo hacer tardanza de un día, pero de cuatro la hiciera á trueco de verle.

Preguntóles Don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores y que, por haberles visto en aquel tan triste traje, les habían preguntado la ocasión por que iban de aquella manera; que uno dellos se lo contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro á Don Quijote había contado.

Cesó esta plática y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quijote qué era la ocasión que le movía á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. Á lo cual respondió Don Quijote:

—La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera; el buen paso (1), el regalo y el reposo allá se inventaron para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos.

Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era Don Quijote falto de juicio y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recibían todos aquellos que de

(1) *El buen paso es aquí la buena vida, la vida muelle y regalada, el pasarlo bien.—A. y C.*

nuevo venían en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decían que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasión á que pasase más adelante con sus disparates. Y así le dijo:

—Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha.

—Tan estrecha bien podía ser—respondió nuestro Don Quijote,—pero tan necesaria en el mundo no estoy en dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puesto por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el de encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fe que

les costó buen por qué de su sangre y de su sudor; y que si á los que á tal grado subieron les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

—De ese parecer estoy yo—replicó el caminante;—pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad.

—Señor—respondió Don Quijote,—eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese: que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca que el caballero andante que al cometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazón se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias.

—Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado—dijo el caminante,—bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo le suplico, en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendrá por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece.

Aquí dió un gran suspiro Don Quijote y dijo:

—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no

de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.

Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aun hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quien era y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa había llegado jamás á su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso.

En estas pláticas iban cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacían bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos y coronados con guirnaldas, que á lo que después pareció eran cuál de tejo y cuál de ciprés. Entre seis dellos traían unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo:

—Aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que lo enterrasen.

Por esto se dieron prisa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venían habían puesto las andas en el suelo y cua-

tro dellos, con agudos picos, estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortésmente, y luego Don Quijote y los que con él venían se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron, cubierto de flores, un cuerpo muerto y vestido como pastor, de edad, al parecer, de treinta años, y aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda.

Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser tan acomodado á hallar aventuras que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced y dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas.

CAPÍTULO XIII

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli que así como Don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cual corría un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. Ordenó, pues, la suerte y el diablo, que no todas las veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quijote era muy al propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que Rocinante, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo y se fué á retozar con ellas; mas ellas, que á lo que pareció debían de tener gana de pacer, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera

que á poco espacio se le rompieron las cinchas y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué que los arrieros acudieron con estacas, y tantos palos le dieron que le derribaron malparado en el suelo.

Ya en esto, Don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban jadeando y dijo Don Quijote á Sancho:

—Á lo que yo veo, amigo Sancho, éstos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea; dígolo porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante.

—¿Qué diablos de venganza hemos de tomar—respondió Sancho,—si éstos son más de veinte y nosotros no más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio?

—Yo valgo por ciento—replicó Don Quijote.

Y sin hacer más discursos echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza, incitado y movido del ejemplo de su amo, y á las primeras dió Don Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero, de que venía vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con gran ahinco y vehemencia; verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo y lo mismo le avino á Don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los pies de Rocinante, que aún no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas.

Viendo, pues, los yangüeses el mal recado que habían hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo:

—Señor Don Quijote, ¡ah señor Don Quijote!

—¿Qué quieres, Sancho hermano?—respondió Don Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho.

—Querría, si fuese posible—respondió Sancho Panza,—que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano; quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como es para las heridas.

—Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba?—respondió Don Quijote.—Mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que antes que pasen dos días, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos.

—¿Pues en cuántos le parece á vuestra merced que podremos mover los pies?—replicó Sancho Panza.

—De mí sé decir—dijo el molido caballero Don Quijote—que no sabré poner término á esos días; mas yo me tengo la culpa de todo, que no había de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta dónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.

Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vicaino.

Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo:

—Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar; así que séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condición alguna.

Lo cual, oído por su amo, le respondió:

—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacará tanto cuanto para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las islas que te tengo prometida, ¿qué sería de ti si ganándola yo te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío; porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.

—En este que ahora nos ha acontecido—respondió Sancho—quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice. Mas yo le juro á fe de pobre hombre que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de

todo este molimiento. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante había de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?

—Aún las tuyas, Sancho—replicó Don Quijote,—deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.

Á esto replicó el escudero:

—Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.

—Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho—respondió Don Quijote,—que así haré yo, y veamos cómo está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.

—No, no hay de qué maravillarse deso—respondió Sancho,—siendo él también caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas donde nosotros salimos sin costillas.

—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas—dijo Don Quijote:—Dígo-lo porque esta bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algún castillo donde sea curado de mis heridas.

En resolución, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del

cabestro se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quijote había de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin más averiguación con toda su recua.

CAPÍTULO XIV

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

EL ventero, que vió á Don Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer á una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á Don Quijote, é hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, le hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quijote en un camaranchón que en otro tiempo daba manifiestos indicios de que había servido de pajar muchos años, en el cual también alojaba un arriero, que tenía su cama hecha un poco más allá de la de nuestro Don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mu-

cha ventaja á la de Don Quijote, que sólo contenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón que en lo sutil parecía colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga (1), y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar no se perdiera uno solo en la cuenta.

En esta maldita cama se acostó Don Quijote, y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba á abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quijote, dijo que aquello más parecían golpes que caída. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones y que cada uno había hecho su cardenal, y también le dijo:

—Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen á mí un poco los lomos.

—Destá manera, respondió la ventera, ¿también debisteis vos de caer?

—No caí— dijo Sancho Panza,—sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos.

—Bien podría ser eso—dijo la doncella,—que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora—respondió Sancho Panza,—que yo sin soñar nada, sino estando más despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor Don Quijote.

(1) *Cuero de búfalo*, que era de lo que, según Covarrubias, aforraban sus adargas ó escudos los berberiscos, y se introdujo este procedimiento en España.

—¿Cómo se llama este caballero?—preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha—respondió Sancho Panza,—y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero?—replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos?—respondió Sancho Panza.—Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero.

—Pues ¿cómo vos, siéndolo deste tan buen señor—dijo la ventera,—no tenéis á lo que parece siquiera algún condado?

—Aún es temprano—respondió Sancho,—porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor Don Quijote sana de esta herida ó caída, y yo no quedo contrecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quijote, y sentándose en el lecho, como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo:

—Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy; sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecerlo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta hermosa doncella fueran señores de mi libertad.

CAPÍTULO XV

Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo Don Quijote y su buen escudero Sancho Panza pasaron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

HABÍA ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, amigo Sancho?

—¡Qué tengo de dormir, pesa á mí—respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho,—que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

—No tengas pena, amigo—dijo Don Quijote,—que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero y le dijo:

—Señor, quienquiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama mal ferido.

El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quijote. En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cocéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación, y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marías, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendición.

Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hicieronlo así y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos y se envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y

congojado maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así Don Quijote, le dijo:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

—Si eso sabía vuestra merced—replicó Sancho,—mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de anejo con que se cubría, fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía tener. Pero Don Quijote que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así, forzado de este deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quien también ayudó á vestir y á subir en el asno; púsose luego á caballo y llegándose á un rincón de la venta asió de un lanzón (1) que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

(1) *Lansón*, á pesar de su terminación aumentativa, significa una cosa menor que *lanza*, á la manera que *ratón* significa también una cosa menor que *rata*, y *rabón*, un animal de *poco rabo* ó *sin rabo*.—C.

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradeceróslas todos los días de mi vida; si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, vengar á los que reciben tuertos y castigar alevosías; recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la orden de caballero que recibí de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen; sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

—¿Luego venta es ésta?—replicó Don Quijote.

—Y muy honrada—respondió el ventero.

—Engañado he vivido hasta aquí—respondió Don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere en pago del insufrible trabajo que padecen buscando aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incomodos de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso—respondió el ventero;—págueme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni

de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

—Vos sois un sandio y un mal hostelero—respondió Don Quijote, y poniendo piernas á Rocinante y terciando su lanzón se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguía su escudero, se alongó un buen trecho.

El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar á Sancho Panza, el cual dijo que, pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la misma regla y razon corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraría de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recebido, no pagaría un solo cornado (1) aunque la costase la vida, porque no había de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se se habían de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos, y viendo que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo, y allí, puesto Sancho en mitad de la manta,

(1) *Cornado*, moneda muy baja de ley; tres cornados valían una blanca.—*Arr.*—Palabra sincopada de *coronado*. Moneda de valor corto y despreciable, lo mismo que ardite al fin de este capítulo.—*C.*

comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el misero manteado daba fueron tantas que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada la rodeó por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gabán, y la compasiva Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trujo del pozo por ser más fría. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo:

—¡Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará; ves, aquí tengo el santísimo bálsamo—y enseñábale la alcuza del brebaje,—que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda!

Á estas voces volvió Sancho los ojos como de través y dijo con otras mayores:

—¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced cómo yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos y déjeme á mí.

Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque, en efecto, se dice de ella que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía, mas Sancho no las echó menos según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque Don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVI

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LEGÓ Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió Don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apear-me de Rocinante, porque me debían de tener encantado; que te juro por la fe de quien soy que si pudiera subir ó apear-me, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad.

—También me vengara yo si pudiera—dijo Sancho,—

fuera ó no fuera armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros.

—¡Qué poco sabes, Sancho—respondió Don Quijote,—de achaque de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna.

—Así debe de ser—respondió Sancho,—puesto que yo no lo sé; solo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaíno, y aun de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, llevando yo de ventaja el manteamiento y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho—respondió Don Quijote;—pero de aquí en adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos, y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís cuando se llamaba *El Caballero de la ardiente espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera de que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.

—Yo soy tan venturoso—dijo Sancho—que cuando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballe-

ros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos.

—No temas eso, Sancho—dijo Don Quijote,—que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban Don Quijote y su escudero, cuando vió Don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió á Sancho y le dijo:

—Éste es el día ¡oh Sancho! en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: éste es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que, de diversas é innumerables gentes compuesto, por allí viene marchando.

—Á esa cuenta dos deben de ser—dijo Sancho,—porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda.

Volvió á mirar Don Quijote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenía á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacía era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle:

—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué?—dijo Don Quijote.—Favorecer y ayudar á los

menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que éste que viene por nuestra frente le conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana (1); este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas (2) Pentapolin del arregangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores?— preguntó Sancho.

—Quiérense mal—respondió Don Quijote—porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana; y su padre no se la quiere entregar al rey pagano si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya.

—Para mis barbas (3)—dijo Sancho—si no hace muy bien Pentapolin, y que lo tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho—dijo Don Quijote,—porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso—respondió Sancho.—¿Pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora?

—Así es verdad—dijo Don Quijote;—lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aún corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que

(1) Nombre de la isla de Ceilán en la antigüedad.

(2) Pueblos del interior de Africa.

(3) Fórmula familiar de juramento, en que se atestigua con las *barbas* como objeto de estimación y aprecio. Úsase aquí de la partícula *para* en lugar de *por* como en otras fórmulas semejantes; verbigracia: *Para mi santiguada*, etc.—C.

te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verían bien las dos manadas, que á Don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó á decir:

—Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes (1), que trae en el escudo un león coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemba, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que según es fama es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana (2), que trae las armas como nieve blancas

(1) De color de oro ó amarillo.—*Arr.*

(2) Yegua grande y desmesurada, de que usaban comúnmente los gigantes que se introducían en los libros de caballerías.—*P.*

y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo:

—Á este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masilicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo, los numidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas, tan crueles como blancos, los etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiem-

blan con el frío del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra (1).

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubría á ninguno, le dijo:

—Señor, encomiendo al diablo si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto: á lo menos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como los fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso?—respondió Don Quijote.—¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa—respondió Sancho—sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes—dijo Don Quijote—te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á

(1) Todo este discurso es un dechado de prosa poética y como tal lo inserta Capmany en su *Tesoro de la elocuencia española*. En la enumeración de estos dos ejércitos ó escuadrones imaginarios imitó Cervantes la que hace Homero (lib. XX de la *Iliada*) de los capitanes y naves con que fueron los griegos á la conquista de Troya, y la de los troyanos y sus tropas auxiliares; y si los críticos la celebran tanto, no debe merecerles menos aprecio la de nuestro autor, vista su exquisita erudición, la suavidad de estilo y la propiedad de los peculiares atributos con que caracteriza tantos pueblos y ríos, en lo que seguramente compite con el poeta griego.—P.

una parte y déjame solo, que solo basto á dar la victoria á la parte á quien yo diere mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole:

—¡Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir! ¡Vuélvase, desdichado del padre que me engendró! ¿Qué locura es ésta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo á Dios!

Ni por esas volvió Don Quijote, antes en altas voces iba diciendo:

—¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y desnudo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes, decía:

—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente á mí, que un caballero solo soy, que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una paladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela á la boca y comenzó á echar licor en el estómago; mas antes que

acabase de envasar lo que á él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo.

Llegáronse á él los pastores y creyeron que le habían muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer; viéndole, pues, caído en el suelo y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y dijole:

—¿No le decía yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo—respondió Don Quijote:—sábetete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, por que te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás cómo en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda: llégate á mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Llegóse Sancho tan cerca que casi le metía los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí más recio que una escopeta cuanto dentro tenía, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María!—dijo Sancho.—¿Y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber, y fué tanto el asco que tomó que, revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio; maldíjose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida insula.

Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, por que no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese á donde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo además; y viéndole Don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal y el bien sean durables; y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca, así que no debes acongojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas.

—¿Cómo no?—respondió Sancho.—¿Por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis alhajas, son de otro que del mismo?

—Qué, ¿te faltan las alforjas, Sancho?—dijo Don Quijote.

—Sí que me faltan—respondió Sancho.

—De ese modo no tenemos que comer hoy—replicó Don Quijote.

—Eso fuera—respondió Sancho—cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestras mercedes.

—Con todo eso—respondió Don Quijote,—tomara yo ahora más aína un cuartel de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna (1); mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos y llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuestra merced—dijo Sancho—para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho—dijo Don Quijote,—porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere

(1) *Andrés de Laguna*, natural de Segovia, médico del papa Julio III, no sólo ilustró ó anotó á Pedacio Dioscórides Anazarbeo, que trata de la *Materia medicinal y de los venenos mortíferos*, sino que le tradujo del griego en castellano. — P. y C.

que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice—respondió Sancho; —vamos ahora de aquí y procuremos dónde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el ható y el garabato.

—Pídeselo tú á Dios—dijo Don Quijote—y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano y atíentame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo:

—¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

—Cuatro—respondió Don Quijote, —fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced lo que dice, señor—respondió Sancho.

—Digo cuatro, si no eran cinco—respondió Don Quijote,—porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de neguijón ni de reuma alguna.

—Pues en esta parte de abajo—dijo Sancho—no tiene vuestra merced más de dos muelas y media, y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

—¡Sin ventura yo!—dijo Don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba.—Que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres.

Hízolo así Sancho y encaminóse hacia donde le pareció que podía hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de Don Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse prisa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XVII

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARÉCEME, señor mío, que todas estas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna, han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho—dijo Don Quijote;—mas para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en el orden de la caballería para todo.

—¿Pues juré yo algo por dicha?—respondió Sancho.

—No importa que no hayas jurado—dijo Don Quijote;—basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si eso es así—dijo Sancho,—mire vuestra mer-



ced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura (1) que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía, y fué que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que, pues aquél era el camino real, á una ó dos leguas de buena razón hallaría en él alguna venta.

Yendo, pues, desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con ganas de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado y los cabellos de la cabeza se le erizaron á Don Quijote, el cual, animándose un poco, dijo:

—Ésta, sin duda, Sancho, debe ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

(1) *Una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía.* Está, en efecto, copiada del robo y traslación del cuerpo de San Juan de la Cruz, hecha el año 1596, desde Úbeda á Madrid y Segovia. Véase la *Vida de Cervantes*, por Navarrete.

—¡Desdichado de mí!—respondió Sancho.—Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿adonde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean—dijo Don Quijote,—no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada.

—Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron—dijo Sancho,—¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no?

—Con todo eso—replicó Don Quijote,—te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo.

—Sí tendré, si á Dios place—respondió Sancho.

Y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como el que tiene frío de quartana, y creció más el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, á la cual seguían otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban; iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión á tales horas y en despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho y aun en el de su amo, y así fuera en cuanto á Don Quijote, que ya Sancho había dado al través con todo su esfuerzo; lo contrario le avino á su amo, el cual, en aquel punto, se le representó en su imaginación al vivo que aquélla era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera

eran andas donde debía de ir algún mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró bien su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brío y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar, y cuando los vió cerca, alzó la voz y dijo:

—Deteneos, caballeros, quienquiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, á dónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis, que según las muestras, ó vosotros habéis fecho ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que ficisteis, ó bien para vengaros del tuerto que vos hicieron.

—Vamos de priesa—respondió uno de los encamisados—y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula pasó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quijote, y trabando á la mula del freno, dijo:

—Deteneos y sed más bien criado y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que, alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar á Don Quijote, el cual, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón, arremetió á uno de los enlutados y, mal ferido, dió con él en tierra, y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían salido alas á Rocinante según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento, dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecían sino á los de las máscaras que

en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados, asimismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs, no se podían mover, así que muy á su salvo Don Quijote les apaleó á todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquél no era hombre, sino diablo del infierno que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardimiento de su señor, y decía entre sí:

—Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.

Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le vió Don Quijote, y llegándose á él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no que le mataría, á lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada; suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

—¿Pues quién diablos os ha traído aquí—dijo Don Quijote—siendo hombre de iglesia?

—¿Quién, señor?—replico el caído.—Mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza—dijo Don Quijote—si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho—respondió el licenciado,—y así sabrá vuestra merced que, aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López, soy natural de Alcobendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde era natural

—¿Y quién lo mató?—preguntó Don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron—respondió el bachiller.

—Desa suerte—dijo Don Quijote,—quitado me ha Nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiese muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara; y quiero que sepa vuestra reverencia que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo puede ser eso de enderezar tuertos—dijo el bachiller,—pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida, y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas—respondió Don Quijote—suceden del mismo modo; el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que para tales os juzgué y tuve siempre.

—*Olvidábaseme de decir—dijo al marcharse el bachiller á Don Quijote—que advierto á vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *justa illud: si quis suadente diabolo, etc.* (1).*

(1) Alude al decreto del Concilio de Trento, no relativo á cosas sagradas, sino á personas sagradas.

—No entiendo ese latín—respondió Don Quijote;—mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Díaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su santidad el papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

En oyendo esto el bachiller se fué, como queda dicho, sin replicar palabra (1). Quisiera Don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole:

—Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más á su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sólo una persona, y corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender; el jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies; y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza.

Y antecogiendo á su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volver á replicar le siguió, y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al

(1) La mayor parte de las ediciones, en vez de las frases que aquí van de letra de cursiva, dicen: «Y dijole: Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado, etc.» Lo natural es que esto lo advirtiese el bachiller al marcharse. Y en efecto, en la primera edicion se se dice que contestó Don Quijote: *No entiendo ese latín*, etc. Por eso se ha hecho aquí esta variante.

jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambarrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan malpasar) en la acémila de su repuesto traían; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas, y fué que no tenían vino que beber ni agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XVIII

De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que las humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.

Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oídos un gran ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujir

de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban.

—Bien notas, escudero fiel y leal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas y cada una por si son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales, si no volviere, puedes tu volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle:

—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura; ahora es de noche, aquí no nos ve nadie bien podemos torcer el camino y des-

viarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes; cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él; así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo entre tantos enemigos como acompañaban al difunto; y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer más y no menos; pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada insula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y truco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado, y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que, á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho—dijo Don Quijote,—ver dónde hace esa línea ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es—dijo Sancho;—pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día.

—Falte lo que faltare—respondió Don Quijote,—que no se ha de decir por mí, ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el día si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambas manos á Rocinante; de manera que cuando Don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, no le podía mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar á que amaneciese ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo:

—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar—respondió Sancho,—que yo entenderé á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba, á uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto

de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿Á qué llamas apearse ó á qué dormir?—dijo Don Quijote.—¿Soy yo, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío—respondió Sancho,—que no lo dije por tanto.

Y llegándose á él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole Don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido, á lo que Sancho dijo que si hiciera si le dejara el temor de lo que oía.

—Pero con todo eso, yo me esforzaré á decir una historia que, si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo. Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; que viene aquí como anillo al dedo para que vuestra merced se esté quedo y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos éste, donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho—dijo Don Quijote,—y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado.

—Digo, pues—prosiguió Sancho,—que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo, de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora llamada Torralba, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

—Si desamano cuentas tu cuento, Sancho—dijo Don Quijote,—repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dílo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento—respondió Sancho—se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Dí como quisieres—respondió Don Quijote,—que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor de mi ánima—prosiguió Sancho,—que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña y tiraba algo á hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—¿Luego conocístela tú?—dijo Don Quijote.

—No la conocí yo—respondió Sancho;—pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía á la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad, y la causa fué, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamás: la Torralba que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, más que nunca le había querido.

—Esa es natural condición de mujeres—dijo Don Quijote,—desdeñar á quien las quiere y amar á quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

—Sucedió—dijo Sancho—que el pastor puso por obra su determinación, y antecogiendo sus cabras se encaminó

por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralba que lo supo fué tras él, y seguía-le á pie y descalza desde lejos con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé qué bote-cillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; más tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto á sí un barco tan pequeño que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas—dijo Don Quijote,—no andes yendo y viniendo desá manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta hora?—dijo Sancho.

—¡Yo qué diablos sé!—respondió Don Quijote.

—He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso?—respondió Don Quijote.—¿Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasa-

do por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera—respondió Sancho,— porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado y me respondió que no sabía, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento.

—¿De modo—dijo Don Quijote—que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre—dijo Sancho.

—Dígame de verdad—respondió Don Quijote—que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser—respondió Sancho;—mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acabado comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere—dijo Don Quijote—y veamos si se puede mover Rocinante.

Tornóle á poner las piernas y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser, ó que el frío de la mañana que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese una cosa natural (que es lo que más se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenía gana tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se sol-

tó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo y se le quedaron como grillos; tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado que al cabo, al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quijote y dijo:

—¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor—respondió él.—Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez á probar ventura y sucedióle tan bien que sin más ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos y con tono algo gangoso dijo:

—Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo—respondió Sancho.—Mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no á ámbar—respondió Don Quijote.

—Bien podrá ser—dijo Sancho;—mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres ó cuatro allá, amigo—dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices),—y desde

aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes á la mía, que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré—replicó Sancho—que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho—respondió Don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no la sabía hacer. Viendo, pues, Don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo á buena señal y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura; sintió también que el golpear no cesaba; pero no vió quién lo podía causar, y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante. Seguiale Sancho á pie, llevando como tenía de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios

que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía. Otros cien pasos serían los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido; y eran (si no lo has ¡oh, lector! por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote á Sancho y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños para no reventar riendo. Cuatro veces sosegó y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga:

—Has de saber ¡oh Sancho amigo! que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos.

Y por aquí fué repitiendo todas ó las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho

que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo:

—Sosiéguese vuesa merced, que por Dios que me burlo.

—Pues porque os burláis no me burlo yo—respondió Don Quijote.—Venid acá, señor alegre. ¿Paréceos á vos que si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sonos y saber cuáles son de batanes ó no? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos; si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

—No haya más, señor mío—replicó Sancho,—que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? Á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo—respondió Don Quijote—que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas.

CAPÍTULO XIX

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

EN esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiales cobrado tal aborrecimiento Don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día antes. De allí á poco descubrió Don Quijote un hombre á caballo que traía en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas lo hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo:

—Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra, otra se abre: dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mía será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche; digo esto porque, si no me

engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes.

Es, pues, el caso que el yelmo y el caballo y caballero que Don Quijote veía era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servía al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse y otro de hacerse la barba, para lo cual venía el barbero y traía una bacía de azófar; y quiso la suerte que al tiempo que venía comenzó á llover, y por que no se le manchase el sombrero, que debía de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venía sobre su asno pardo, como Sancho dijo, y ésta fué la ocasión que á Don Quijote le pareció caballo rucio rodado y caballero y yelmo de oro: que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo:

—Defiéndete, cautiva criatura, ó entrégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe.

El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento; dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó Don Quijote, y dijo que el pagano había andado discreto y que había imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto

natural sabe que es perseguido; mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos dijo:

—Por Dios que la bacía es buena y que vale un real de á ocho como un maravedí.

Y dándosela á su amo se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra buscándole el encaje, y como no se lo hallaba, dijo:

—Sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad.

Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vino á las mientes la cólera de su amo y calló en la mitad della.

—¿De qué te ries, Sancho?—dijo Don Quijote.

—Ríome—respondió él—de considerar la gran cabeza que tendría el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.

—¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutación, yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entre tanto la traeré como pudiere, que más vale algo que no nada, cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.

—Eso será—dijo Sancho—si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos cuando le santiguaron á vuesa merced las muelas y le rompieron la alcuza donde venía aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras.

—No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho—dijo Don Quijote,—que yo tengo la receta en la memoria.

—También la tengo yo—respondió Sancho;—pero si yo le hiciera ni le probare más en mi vida, aquí sea mi hora; cuanto más que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie: de lo de ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos lleveren.

—Mal cristiano eres, Sancho—dijo oyendo esto Don Quijote,—porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábetete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿qué pie sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasó tiempo; que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene.

Y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes; y dijo Sancho:

—Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se me quitarán de las espaldas.

CAPÍTULO XX

De la libertad que dió Don Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

CUENTA Cide Hamete Ben-Engeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que después que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones, que Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres á pie ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos y todos con esposas á las manos. Venían asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pie, los de á caballo con escopetas de rueda y los de á pie con dardos y espadas, y que así como Sancho Panza los vido, dijo:

—Ésta es cadena de galeotes, gente forzada del rey que va á las galeras.

—¿Cómo gente forzada?—preguntó Don Quijote.—¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente?

—No digo eso—respondió Sancho,—sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza.

— En resolución—replicó Don Quijote,— como quiera que

ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad.

—Así es—dijo Sancho.

—Pues desá manera—dijo su amo,—aquí encaja la ejecución de mi oficio, desfacer fuerzas y socorrer y acudir á los miserables.

—Advierta vuestra merced—dijo Sancho—que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y Don Quijote, con muy corteses razones, pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad que iba á galeras, y que no había más que decir ni él tenía más que saber.

—Con todo eso—replicó Don Quijote—querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para que le dijese lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo dijo:

—Aunque llevamos aquí el registro de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo éste de detenernos á sacarlas ni á leerlas. Vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que Don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él respondió que por enamorado.

—¿Por eso no más?—replicó Don Quijote.—Pues si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa—dijo el galeote,—que los míos fueron que quise tanto

á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente que, á no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad; fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas?—preguntó Don Quijote.

—Gurapas son galeras—respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinticuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó Don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico. Mas respondió por él el primero y dijo:

—Éste, señor, va por canario; digo que por músico y cantor.

—¿Pues cómo?—repitió Don Quijote.—¿Por músicos y cantores van también á galeras?

—Sí, señor—respondió el galeote,—que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he oído decir—dijo Don Quijote—que quien canta sus males espanta.

—Acá es al revés—dijo el galeote,—que quien canta una vez llora toda la vida.

—No lo entiendo—dijo Don Quijote.

Mas una de las guardas le dijo:

—Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento. Á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco porque confesó y no tuvo ánimo para decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en

su lengua su vida ó su muerte y no en la de los testigos y probanzas, y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

—Y yo lo entiendo así—respondió Don Quijote, el cual, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual, de presto y con mucho desenfado, respondió y dijo:

—Yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

—Yo daré veinte de muy buena gana—dijo Don Quijote—por libraros desa pesadumbre.

—Eso me parece—respondió el galeote—como quien tiene dineros en mitad del golfo y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia, y basta.

Pasó Don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa por que allí venia, comenzó á llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua y dijo:

—Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo.

—Eso es—dijo Sancho Panza,—á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza.

—Así es—replicó el galeote,—y la culpa por que le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo. En efecto, quiero decir que este caballero va por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero.

Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro; un poco venía diferentemente atado que los de-

más, porque traía una cadena al pie, tan grande que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie-de-amigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asían dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado; de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó Don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda porque tenía aquél sólo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros de él, sino que temían que se les había de huir.

—¿Qué delitos puede tener—replicó Don Quijote—si no ha merecido más pena que echarle á las galeras?

—Va por diez años—replicó la guarda,—que es muerte civil; no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

—Señor comisario dijo entonces el galeote,—váyase poco á poco y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres. Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda y no hará poco.

—Hable con menos tono—replicó el comisario,—señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar mal que le pese.

—Bien parece—respondió el galeote—que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no.

—¿Pues no te llaman así, embustero?—dijo la guarda.

—Sí llaman—respondió Ginés,—mas yo haré que no me lo llamen ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas aje-

nas, y si la mía quiere saber, sepa que yo soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

—Dice verdad—dijo el comisario, que él mismo la escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

—Y lo pienso desempeñar—dijo Ginés—si quedara en doscientos ducados.

—¿Tan bueno es?—dijo Don Quijote.

—Es tan bueno—respondió Ginés—que mal año para Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren; lo que le sé decir á voacé es que trata de verdades, y que son verdades tan dignas y tan donosas que no puede haber mentiras que les igualen.

—¿Y cómo se intitula el libro?—preguntó Don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte*—respondió el mismo.

—¿Y está acabado?—preguntó Don Quijote.

—¿Cómo puede estar acabado—respondió él—si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—¿Luego otra vez habéis estado en ellas?—dijo Don Quijote.

—Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho—respondió Ginés,—y no me pesa mucho de ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

—Hábil pareces—dijo Don Quijote.

—Y desdichado—respondió Ginés,—porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

—Persiguen á los bellacos—respondió el comisario.

—Ya le he dicho, señor comisario—respondió Pasamonte,—que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le

dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su majestad manda, si no, por vida de... Basta, que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho rodeo éste.

Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas, mas Don Quijote se puso en medio y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algún tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena, dijo:

—De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro y finalmente el torcido juicio del juez hubiesen sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesar en él la orden de caballería que profeso y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisarios sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres; cuanto más, señores guardas—añadió Don Quijote—que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado: Dios hay en el cielo que

no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego por que tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros, y cuando de grado no lo hagáis, esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis por fuerza.

—¡Donosa majadería!—respondió el comisario.—¡Bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato! Los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante y enderécese ese bacín que trae en la cabeza no ande buscando tres pies al gato.

—Vos sois el gato y el rato y el bellaco—respondió Don Quijote.

Y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto que, sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo malherido de una lanzada, y avínole bien que éste era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre sí, pusieron mano á sus espadas los de á caballo y los de á pie á sus dardos y arremetieron á Don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasara mal si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar la libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venían ensartados. Fué la revuelta de manera que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á Don Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyen-

do, así de la escopeta de Pasamonte como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristeci6se mucho Sancho deste suceso, porque se le present6 que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso á la Santa Hermandad, la cual, á campana herida, sadría á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo y le rog6 que luego de allí se partiesen y se emboscasen en la sierra que estaba cerca.

—Bien está eso—dijo Don Quijote —pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.

Y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:

—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más á Dios ofende es la ingratitud: dígolo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habéis recibido, en pago del cual querría y es mi voluntad que, cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vayáis á la ciudad del Toboso, y allí os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero el de la Triste Figura se le envía á encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad, y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes á la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte y dijo:

—Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca; lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dul-

cinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y ésta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo.

—Pues voto á tal—dijo Don Quijote (ya puesto en cólera),—don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamáis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena á cuestas.

Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que Don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate había cometido como el de querer darles libertad), viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose aparte comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre Don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendía de la nube y pedriscos que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tan bien Don Quijote que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza que dieron con él en el suelo, y apenas hubo caído cuando fué sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traía sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar si las grevas no lo estorbaran. Á Sancho le quitaron el gabán, dejándole con la ropa interior, y repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temían que de cargarse de la cadena é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y Don Quijote; el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no había cesado la borrasca de las piedras que le perseguían los oídos; Rocinante tendido junto á su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota y temeroso de la Santa Hermandad; Don Quijote mohinísimo de verse tan malparado por los mismos á quien tanto bien había hecho.

CAPÍTULO XXI

De lo que le sucedió al famoso Don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

VIÉNDOSE tan malparado Don Quijote, dijo á su escudero:

—Siempre, Sancho, lo he oído decir que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho; paciencia y escarmentar para desde aquí adelante.

—Así escarmentará vuestramerced—respondió Sancho— como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís; y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oídos.

—Naturalmente eres cobarde, Sancho—dijo Don Quijote.— Pero por que no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición, que jamás en vida ni en muerte has

de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces y desde entonces para ahora te desmiento y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel y á los siete Macabeos y á Cástor y á Polux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.

—Señor—respondió Sancho,—que el retirarse no es huir ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana y no aventurarse todo un día; y sepa que, aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno; y así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sigame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierra Morena, á donde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aun algunos días, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques; pero la suerte fatal, que según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe todo lo guía, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena por virtud y locura de Don Quijote se había escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde había llevado á Don Quijote y á Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer y á punto

que los dejó dormir; y como siempre los malos son desagradecidos y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe y el remedio presente venza á lo porvenir, Ginés, que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno á Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormía Sancho Panza, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado.

Salió la aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio, el cual viéndose sin él comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que Don Quijote despertó á las voces y oyó que en ellas decía:

—¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravillas que ganaba cada día mediaba yo mi despensa!

Don Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que había dejado en ella. Consolóse Sancho con esto y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos y agradeció á Don Quijote la merced que le hacía.

En esto alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzón alzar no sé qué bulto que estaba caído en el suelo, por lo cual se dió prisa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzón un cojín y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaba tanto, que fué necesario que Sancho ayudase á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venía. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella

habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y asi como los vió, dijo:

—Bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho.

Y buscando más, halló un librito de memoria ricamente guarnecido; éste le pidió Don Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desvalijando á la valija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por Don Quijote, dijo:

—Paréceme, Sancho (y no es posible que sea otra cosa), que algún caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines, le debieron de matar y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte.

—No puede ser eso—respondió Sancho,—porque si fueran ladrones, no se dejaran aquí este dinero.

—Verdad dices—dijo Don Quijote,—y así ni adivino ni doy en lo que pueda ser; mas espérate, veremos si en este librito de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos.

Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndolo alto, por que Sancho también lo oyese, vió que decia desta manera:

Ó le falta al amor conocimiento,
ó le sobra crueldad. ó no es mi pena
igual á la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.

Pero si amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel: ¿pues quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
que tanto mal en tanto bien no cabe,
ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto,
que al mal de quien la causa no se sabe
milagro es acertar la medicina.

—Por esa trova—dijo Sancho—no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo.

—¿Qué hilo está aquí?—dijo Don Quijote.

—Paréceme—dijo Sancho—que vuestra merced nombró ahí hilo.

—No dije sino Fili—respondió Don Quijote,—y éste sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte.

—¿Luego también—dijo Sancho—se le entiende á vuestra merced de trovas?

—Y más de lo que tú piensas—respondió Don Quijote,—y veráslo cuando lleves una carta escrita en verso de arriba abajo á mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos ó los más caballeros andantes de la edad pasada eran grades trovadores (1) y grandes músicos, que estas dos habilidades ó gracias, por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes; verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

Con gran deseo quedó el Caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto, por el dinero en oro y por las tan buenas camisas, que debía de ser algún principal enamorado á

(1) *Trovadores* quiere decir *inventores*, y es nombre que se aplicó á los poetas provenzales que florecieron en la Edad Media. —C.

quien desdenes y malos tratamientos de su dama debían de haber conducido á algún desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecía persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecía iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza: figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos y las piernas sin cosa alguna; los muslos cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedazos que por muchas partes se le descubrían las carnes; traía la cabeza descubierta y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el Caballero de la Triste Figura; y no lo procuró, aunque pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó Don Quijote que aquél era el dueño del cojín y de la maleta y propuso en sí de buscallo, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y así mandó á Sancho que atajase por la una parte de la montaña, que él iría por la otra, y podría ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les había quitado de delante.

—No podré hacer eso—respondió Sancho,—porque en apartándome de vuestra merced luego es conmigo el miedo que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia: harto mejor sería no buscarle, porque si le hallamos y acaso fuese dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y

así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.

—Engañaste en eso, Sancho—respondió Don Quijote,—que ya que hemos caído en sospecha de quién es el dueño y le tenemos casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos; y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscallo, por la que á mí se me quitará si le hallo.

Y así picó á Rocinante y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte; y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo caída, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquél que huía era dueño de la mula y del cojín.

Estándola mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces Don Quijote y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos que quién les había traído por aquel lugar pocas ó ningunas veces pisado sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darían buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde Don Quijote estaba, dijo:

—Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño?

—No hemos topado á nadie—respondió Don Quijote—

sino á un cojín y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos.

—También la hallé yo—respondió el cabrero, —mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sutil, y debajo de los pies se levanta al lombre cosa donde tropiece y caya sin saber cómo ni cómo no.

—Eso mismo es lo que yo digo—respondió Sancho,— que también la hallé yo y no quise llegar á ella con un tiro de piedra; allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.

—Decidme, buen hombre—dijo Don Quijote,—¿sabéis vos quién sea el dueño destas prendas?

—Lo que sabré yo decir—dijo el cabrero—es que habrá al pie de seis meses, poco más ó menos que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa misma mula que ahí está muerta y con el mismo cojín y maleta que decís que hallastes y no tocastes; preguntónos que cuál parte desta sierra era la más áspera y escondida: dijimosle que era esta donde ahora estamos, y es así la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de cómo habéis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encaminé; digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas y encaminó hacia el lugar donde señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle y admirados de su demanda y de la priesa con que le víamos caminar y volverse hacia la sierra.

CAPÍTULO XXII

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltenebros.

DESPIDIÓSE del cabrero Don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo, como sin jumento, de muy mala gana. Íbanse poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática por no contravenir á lo que le tenía mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa y á mi mujer y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque quereñ vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida; si ya quisiera la suerte que los animales hablaran como hablaban en tiempo de Guisopete (1), fuera menos mal, porque departiera yo con Rocinante lo que me viniere en gana, y con esto pasara mi mala

(1) Esopo.

ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho—respondió Don Quijote;—tú mueres por que te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua; dale por alzado y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar ese alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—En efecto—dijo Sancho,—¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?

—¿Yo no te he dicho—respondió Don Quijote—que quiero imitar á Amadís, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente don Roldán cuando arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, dèrribó casas, arrastró yeguas é hizo otras cien mil insolencias de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo no pienso imitar á Roldán ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenía) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me parecieren más esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con la sola imitación de Amadís, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzó tanta fama como el que más.

—Paréceme á mí—dijo Sancho—que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿qué dama le ha desdenado?

—Ahí está el punto—respondió Don Quijote,—y esa es la fineza de mi negocio, que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto qué hiciera en mojado, cuanto más que

harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? Que ya vi que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.

Á lo cual respondió Sancho:

—Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos, porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino y que no salga deste error en más de veinticuatro horas (1), ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algún día me vea con mi mujer y hijos.

—Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro—dijo Don Quijote—que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: qué, ¿es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto y según tienen la gana de favorecernos ó des-

(1) Cuatro días dicen las demás ediciones; pero según lo que antecede, aún no habían mediado dos desde la adquisición del yelmo de Mambrino.—*F.*

truirmos, y así eso que á ti te parece bacía de barbero me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa; y fué rara providencia del sabio que es de mi parte hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármelo; pero como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que, si le conociera, que nunca él le dejara: guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldán que á Amadís.

Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vistoso, que daba contento á los ojos que le miraban: había por allí muchos árboles silvestres y algunas plantas y flores que hacían el lugar apacible. Este sitio escogió el Caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio:

—Éste es el lugar ¡oh cielos! que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto: éste es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo y mis continuos y profundos suspiros moverán á la continua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazón padece. ¡Oh tú, escudero mío, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer, para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello!

Y diciendo, esto se apeó del Rocinante y en un momen-

to le quitó el freno y la silla, y dándole una palmada en las ancas le dijo:

—Libertad te da el que sin ella queda, ¡oh caballo tan estremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte! Vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo (1), ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante.

Viendo esto Sancho, dijo:

—Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios quería; y en verdad, señor Caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rucio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pie no sé cuándo llegaré ni cuándo volveré, porque en resolución soy mal caminante.

—Digo, Sancho—respondió Don Quijote,—que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio, y digo que de aquí á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas.

—¿Pues qué más tengo de ver—dijo Sancho—que lo que he visto?

—Bien estás en el cuento—respondió Don Quijote:—ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar.

—Por amor de Dios—dijo Sancho,—que mire vuestra

(1) Alusión á *La Vida es sueño*:

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento.—Y.

merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podría llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia, y sería yo de parecer que, ya que á vuestra merced le parece que son aquí necesarias calabazadas y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante.

—Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho—respondió Don Quijote;—mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de la caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticado ni del fantástico; y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos.

—Más fué perder el asno—respondió Sancho,—pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruégole á vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en sólo oírle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; y más le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á vuestra merced deste purgatorio donde le dejo.

—¿Purgatorio le llamas, Sancho?—dijo Don Quijote.—Mejor hicieras en llamarle infierno, y aun peor si hay otra cosa que lo sea.

—Quien ha infierno—respondió Sancho,—*nulla est retentio*, según he oído decir.

—No entiendo qué quiere decir *retentio*—dijo Don Quijote.

—*Retentio* es—respondió Sancho—que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necesidades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo y sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa.

—Así es la verdad—dijo el de la Triste Figura;—pero ¿qué haremos para escribir la carta?

—Y la libranza pollinesca también—añadió Sancho.

—Todo irá inserto—dijo Don Quijote;—y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles, ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aun más que bien escribilla, que es en el librillo de memoria, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no cualquiera sacristán te la trasladará; y no se la des á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada que no la entenderá Satanás.

—¿Pues qué se ha de hacer de la firma?—dijo Sancho.

—Nunca las cartas de Amadís se firmaron—respondió Don Quijote.

—Está bien—respondió Sancho;—pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y ésa, si se traslada, dirán que la firma es falsa y quedaréme sin pollinos.

—La libranza irá en el mismo librito firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte el Caballero de la Triste Figura*. Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.

—¡Ta, ta!—dijo Sancho.—Qué, ¿la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Ésa es—dijo Don Quijote,—y es la que merece ser señora de todo el universo.

—Bien la conozco—dijo Sancho,—y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo; vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡Oh, qué rejo que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla y de todo

hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querría ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire; y confieso á vuestra merced una verdad, señor Don Quijote, que hasta aquí he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaíno como el de los galentes y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envía y ha de enviar? Porque podría ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrellando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla y ella se riese y enfadase del presente.

Sacó el libro de memoria Don Quijote y, apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la quería leer por que la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. Á lo cual contestó Sancho:

—Escríbala vuestra merced dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida cómo me llamo; pero con todo eso dígamela, que me

holgaré mucho de oílla, que debe de ir como de molde.
—Escucha, que así dice—dijo Don Quijote.

Carta de Don Quijote á Dulcinea del Toboso.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA:

El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que, además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación ¡oh bella ingrata, amada enemiga mía! del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

—Por vida de mi padre—dijo Sancho en oyendo la carta—que es la más alta cosa que jamás he oído: ¡pesia á mí, y cómo que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *el Caballero de la Triste Figura!* Digo de verdad que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa.

—Todo es menester—respondió Don Quijote—para el oficio que yo traigo.

—Ea, pues—dijo Sancho—ponga vuestra merced en esta vuelta la cédula de los tres pollinos y firmela con mucha claridad por que la conozcan en viéndola.

—Que me place—dijo Don Quijote.

Y habiéndola escrito se la leyó, que decía así:

«Mandaré vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza, mi escudero,

tres de los cinco que dejé en casa y están á cargo de vuestra merced; los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con ésta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra Morena á veintisiete de Agosto deste presente año »

—Buena está—dijo Sancho.—Firmela vuestra merced.

—No es menester firmarla—dijo Don Quijote—sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma y para tres asnos y aun para trescientos fuera bastante.

—Yo me confío de vuestra merced—respondió Sancho:—déjeme, iré á ensillar á Rocinante y aparéjese á echarme su bendición, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas que no quiera más.

—Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir, y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer.

—Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el Rucio que no estoy para meterme en nuevos lloros; y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren más á cuento; cuanto más que para mí no era menester nada deso y, como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece; y si no, aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es razón, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones; porque ¿dónde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra

merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una...? No me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotriquee y lo eche todo á doce aunque nunca se venda. ¡Bonico soy yo para eso! Mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayunase.

—Á fe, Sancho—dijo Don Quijote,—que á lo que parece no estás tú más cuerdo que yo.

—No estoy tan loco—respondió Sancho,—mas estoy más colérico; pero, dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo?

—No te dé pena ese cuidado—respondió Don Quijote,—porque aunque tuviera no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieran, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas.

Á esto dijo Sancho:

—¿Sabe vuestra merced qué temo? Que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo, según está escondido.

—Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destes contornos—dijo Don Quijote,—y aun tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más que lo más acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aquí hay y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitación del laberinto de Teseo.

—Así lo haré—respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendición á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien Don Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba Don Quijote que le viese

siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo.

—Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien; que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced.

—¿No te lo decía yo?—dijo Don Quijote.—Espérate, Sancho, que en un credo las haré.

Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dió dos zapaletas en el aire y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante y se dió por contento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco; y así le dejaremos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXIII

Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo Don Quijote en Sierra Morena.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia que, así como Don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido sin querer aguardar á ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era que cuál sería mejor y le estaría más á cuento, imitar á Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las melancólicas.

—Por otra parte, veo que Amadís de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, alcanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, según su historia, no fué más de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró á la Peña Pobre en compañía de un ermitaño y allí se hartó de llorar hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad; y si esto es verdad, como lo es, ¿para qué quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del

todo ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana

En esto y en suspirar y en llamar á los Faunos y Silvianos de aquellos bosques, á las Ninfas de los ríos, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenía, y en buscar algunas yerbas con que sostenerse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres días (1) tardara tres semanas, el Caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no le conociera la madre que lo parió; y será bien dejalle envuelto entre los suspiros y versos por contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería.

Y fué que en saliendo al camino real se puso en busca del Toboso, y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta, y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la de comer y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes días que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la venta todavía dudoso si entraría ó no, y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro:

—Dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero?

—Sí es—dijo el licenciado—y aquél es el caballo de nuestro Don Quijote.

Y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el Cura y el Barbero de su mismo lugar; los cuales, así como aca-

(1) Según la cuenta, D. Vicente de los Ríos en su curioso plan cronológico del *Quijote*, no fueron tres, sino dos los días que tardó Sancho en su viaje.—Y.

baron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante, deseosos de saber de Don Quijote, se fueron á él y el Cura le llamó por su nombre, diciéndole:

—Amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo?

Conocióles luego Sancho Panza y determinó de encubrir el lugar y la suerte donde y como su amo quedaba, y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podía descubrir por los ojos que en la cara tenía.

—No, no—dijo el Barbero,—Sancho Panza; si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocín, ó sobre eso morena.

—No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo; mi amo queda haciendo penitencia en la mitad de esta montaña muy á su sabor.

Y luego, de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados.

Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabían la locura de Don Quijote y el género della, siempre que la oían se admiraban de nuevo. Pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase, á lo cual dijo el Cura que se la mostrase que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librito; pero no le halló ni le podía hallar si le buscara hasta ahora, porque se había quedado Don Quijote con él y no se lo había dado ni él se acordó de pedirselo. Cuando Sancho vió que no hallaba el

libro fuélele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba y sin más ni más se echó entrambos puños á las barbas y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el Cura y el Barbero le dijeron que qué le había sucedido que tan mal se paraba.

—¿Qué me ha de suceder—respondió Sancho—sino el haber perdido de una mano á otra, en un instante, tres pollinos, que cada uno era como un castillo?

—¿Cómo es eso?—replicó el Barbero.

—He perdido el libro de memoria—respondió Sancho,—donde venía la carta para Dulcinea y una cédula firmada de mi señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa.

Y con esto les contó la pérdida del Rucio. Consolóle el Cura y dijole que en hallando á su señor él le haría revalidar la manda y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacían en libros de memoria jamás se acetaban ni cumplían. Con esto se consoló Sancho y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabía casi de memoria, de la cual se podría trasladar donde y cuando quisiesen.

—Decidla, Sancho, pues—dijo el Barbero,—que después la trasladaremos.

Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roído la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato:

—Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que se me acuerda, aunque en el principio decía: *Alta y sobajada señora*.

—No dirá—dijo el Barbero—sobajada, sino sobrehumana ó soberana señora.

—Así es—dijo Sancho.—Luego, si mal no me acuerdo, proseguía: *el llagado y falto de sueño y el ferido besa á vuestra merced las manos, ingrata y muy desconocida hermosa; y no sé qué decía de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.*

Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrían para conseguir lo que deseaban, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quijote, y para lo que ellos querían, y fué que dijo al Barbero que lo que había pensado era que él se vistiera en hábito de doncella andante, y que él procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que se irían adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediría un don, el cual él no podría dejarsele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir era que se viniese con ella á donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenía fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no le mandase quitar su antifaz ni la demandase cosa de su hacienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese, sin duda, que Don Quijote vendría en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarían de allí y le llevarían á su lugar, donde procurarían ver si tenía algún remedio su extraña locura.

CAPÍTULO XXIV

De cómo salieron con su intención el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al Barbero la invención del Cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prenda una sotana nueva del cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey donde el ventero tenía colgado el peine. Preguntóle la ventera que para qué le pedían aquellas cosas. El Cura le contó en breves razones la locura de Don Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al Cura de modo que no había más que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el Cura que le tocasen, sino púsose en la cabeza un birreti-

llo de lienzo corchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro; encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herreuelo subió en su mula á mujeriegas, y el Barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, por que Dios les diese un buen suceso en tan arduo y cristiano negocio como era el que habían emprendido.

Mas apenas hubo salido de la venta cuando le vino al Cura un pensamiento: que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al Barbero le rogó que trocasen trajes, pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa y que él haría el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad, y que si no lo quería hacer determinaba de no pasar adelante aunque á Don Quijote se lo llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa. En efecto, el Barbero vino en todo aquello que el Cura quiso, y trocando la invención, el Cura le fué informando el modo que había de tener y las palabras que había de decir á Don Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese y dejase la querencia del lugar que había escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió que sin que se le diese lición él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde Don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el Cura acomodó su barba y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía,

que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

Otro día llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las retamas para acertar dónde había dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo cómo aquella era la entrada, y que bien se podían vestir si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor: porque ellos le habían dicho antes que el ir de aquella suerte y vestire de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran ni que los conocía, y que si le preguntaba, como se lo había de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenían por cosa cierta reducirle á mejor vida y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no había que temer.

El calor y el día que allí llegaron eran de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacía al sitio más agradable y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

CAPÍTULO XXV

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se había puesto.

EN esto oyeron voces y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó los llamaba á voces; saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quijote, les dijo cómo le había hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre y suspirando por su señora Dulcinea; y que puesto que le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, había respondido que estaba determinado de no parecer ante su ferrosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante corría peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podía ser; por eso que mirasen lo que se había de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarían de allí mal que le pesase.

Fué Sancho cabizbajo y pidió la mano á su señor y él se la dió con reposado continente y después que se la hubo besado le echó la bendición, y dijo á Sancho que se ade-

lantasen un poco, que tenía que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole Don Quijote:

—Después que viniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

—Pregunte vuestra merced lo que quisiere—respondió Sancho,—que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada.

Mientras esto pasaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que doquiera que vía asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía, el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido cuando á grandes voces le dijo:

—¡Ah, ladrón Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, ladrón, y desampara lo que no es tuyo!

No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecía carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo:

—¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?

Y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona; el asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos y diéronle el

parabién del hallazgo del rucio, especialmente Don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció.

—Y dime ahora—prosiguió Don Quijote,—¿dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea, qué hacía, qué le dijiste, que te respondió, qué rostro hizo cuando leyó mi carta, quién te la trasladó y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y de satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por quitármele?

—Señor—respondió Sancho,—si va á decir la verdad, la carta no la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna.

—Así es como tú dices—dijo Don Quijote,—porque el librito de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos días de tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que habías tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.

—Así fuera—respondió Sancho—si no la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristán que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunió, no había visto ni leído tan linda carta como aquélla.

—¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho?—dijo Don Quijote.

—No, señor—respondió Sancho,—porque después que la dije, como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidalla, y si algo se me acuerda es aquello del *Sobajada*, digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura*; y en medio destas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.

CAPÍTULO XXVI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos.

TODO eso no me descontenta; prosigue adelante—dijo Don Quijote.—Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? Á buen seguro que la hallaste ensartando perlas ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para éste su cautivo caballero.

—No la hallé—respondió Sancho—sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

—Pues haz cuenta—dijo Don Quijote—que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal ó trechel?

—No era sino rubión—respondió Sancho.

—Pues yo te aseguro—dijo Don Quijote—que aechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna; pero pasa adelante. Cuando le diste mi carta ¿besóla? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, ó qué hizo?

—Cuando yo se la iba á dar—respondió Sancho—ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y dijome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acibar todo lo que aquí está».

—Discreta señora—dijo Don Quijote;—eso debió ser por leella despacio y recrearse con ella; adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una minuta.

—Ella no me preguntó nada—dijo Sancho, —mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

—En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal—dijo Don Quijote, —porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

—Tan alta es—respondió Sancho,—que á buena fe que me lleva á mí más de un coto (1).

—¡Pues cómo, Sancho! ¿Haste medido tú con ella?

—Medíme en esta manera—respondió Sancho,—que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

—¡Pues es verdad—replicó Don Quijote—que acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma!

—Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabeo (2), una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á darte nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?

(1) Medida de los cuatro dedos de la mano, cerrado el puño y levantado sobre él el dedo pulgar.—Covarr.—Arr.

(2) *Sabeo*, esto es, de Saba, región de la Arabia Feliz, celebrada entre los poetas por el incienso y sustancias odoríficas.

—Lo que sé decir—dijo Sancho—es que sentí un olor-cillo algo hombruno, y debía de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa.

—No sería eso—respondió Don Quijote,—sino que tú debías de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

—Todo puede ser—respondió Sancho,—que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo se parece á otro.

—Y bien—prosiguió Don Quijote,—he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

—La carta—dijo Sancho—no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar á leer á nadie, por que no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino para el Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver á vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced *el Caballero de la Triste Figura*: preguntéle si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: también le pregunté por los galeotes; mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

—Todo va bien hasta agora—dijo Don Quijote;—pero dime ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua cos-

tumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

—Bien puede ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debía de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí, y aun por más señas era el queso ovejuno.

—Es liberal en extremo—dijo Don Quijote,—y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las sierras de Armenia con algún endriago, ó con algún fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y cuando menos se cate asoma por acullá encima de una nube ó sobre una carro de fuego otro caballero amigo suyo que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de] la muerte, y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres

mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros: así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

—Así sería—dijo Sancho,—porque á buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.

—Y cómo si llevaba azogue—dijo Don Quijote,—y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja.

En esto les dió voces maese Nicolás, que esperasen un poco que querían detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto; y temía no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.

Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atención á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á Don Quijote y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito diciendo:

—¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado.

Reconocióle Don Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban y dijo:

—Por que vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimeras como de persona affigida

y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que después supe que era amo suyo, y así como yo le vi le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple; á lo cual este niño dijo: «Señor, no me azota sino porque le pido mi salario». El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oídas no fueron admitidas: en resolución, yo le hice desatar y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuánto imperio se lo mandé y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, dí lo que pasó á estos señores, por que se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

—Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad—respondió el muchacho;—pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

—¿Cómo al revés?—replicó Don Quijote —¿Luego no te pagó el villano?

—No sólo no me pagó—respondió el muchacho,—pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado, y á cada azote que me daba me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decía. En efecto, él me paró tal que hasta ahora he estado curándome en

un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo; de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

—El daño estuvo—dijo Don Quijote—en irme yo de allí, que no me había de ir hasta dejarte pagado, porque bien debía yo saber, por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardallas; pero ya te acuerdas, Andrés, que juré que si no te pagaba que había de ir á buscarle y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la ballena.

—Así es la verdad—dijo Andrés;—pero no aproveché nada; deme, si tiene ahí, algo que coma y lleve y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo.

Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso y, dándoselo al mozo, le dijo:

—Tome, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia.

—Pues ¿qué parte os alcanza á vos?—preguntó Andrés.

—Esta parte de queso y pan que os doy—respondió Sancho,—que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen.

Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las

manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á Don Quijote:

—Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo.

Íbase á levantar Don Quijote para castigalle, mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo Don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.



CAPITULO XXVII

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de Don Quijote.

ACABÓSE la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella no lo pudo huir. La ventera, el ventero, su hija y Maritornes que vieron venir á Don Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda que como le pagase mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchón de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado y falto de sueño. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormía Don Quijote y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haría entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña

locura de Don Quijote y del modo que le habían hallado; la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron, y como el Cura dijese que los libros de caballerías que Don Quijote había leído le habían vuelto el juicio, dijo el ventero:

—No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor lectura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega se recogen aquí las fiestas muchos segadores y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos y rodeámonos dél más de treinta, y estamosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas; á lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto y que querría estar oyéndolos noches y días.

—Y yo, ni más ni menos—dijo la ventera,—porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado que no os acordáis de reñir por entonces.

CAPÍTULO XXVIII

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto.

DEL camaranchón donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: —Acudid, señores, presto y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo que le ha tajado la cabeza cercén á cercén, como si fuera un nabo.

—¿Qué dices, hermano?—dijo el Cura—¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto oyeron un gran ruido en el aposento y que Don Quijote decía á voces: «Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra». Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dijo Sancho:

—No tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo y la cabeza cortada y caída á

un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

—Que me maten—dijo á esta sazón el ventero—si Don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre.

Y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama con quien tenía ojeriza Sancho, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante; y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante, que ya estaba en la pelea con su enemigo, y había dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero tomó tanto enojo que arremetió con Don Quijote y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes que si el Cura no se le quitara, él acabara la guerra del gigante; y con todo aquello no despertaba el pobre caballero hasta que el Barbero trujo un gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo:

—Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por

aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos?—dijo el ventero.—¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?

—No sé nada—respondió Sancho.—Solo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros.

Tenía el Cura de las manos á Don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura, se hincó de rodillas delante del Cura diciendo:

—¡Bien puede la vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir de hoy más segura sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo también de hoy más soy quito de la palabra que os di, pues con ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, también la he cumplido.

—¿No lo dije yo?—dijo oyendo esto Sancho.—Sí, que no estaba yo borracho. Mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante. Ciertos son los toros, mi condado está de molde.

Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo. Todos reían, sino el ventero que se daba á Satanás! Pero, en fin, tanto hicieron el Barbero y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el

cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejaronle dormir y salieron al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decía en voz y en grito:

—¡En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos lo hubieran visto, que tan caro me cuesta! La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero y un rocín y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo; y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy.

Estas y otras razones tales decía la ventera con grande enojo y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino.

CAPÍTULO XXIX

Que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.

EN toda la venta se guardaba un grande silencio; solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba Don Quijote y que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es, pues, el caso que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas y vieron que Don Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros que parecía que con cada uno se le arrancaba el alma, y ásimismo oyeron que decía con voz blanda, regalada y amorosa:

—¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso! Extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo, y ¿qué hará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peli-

gros por sólo servirte de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras! Quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazón padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar aprieta ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplicote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré más celos de ti que tú los tuviste de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces celoso y enamorado.

Á este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle:

—Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido.

Á cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante y se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas dijo:

—Lástima os tengo, hermosa señora, de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella

que en el punto que sus ojos la vieron la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis con significarme más vuestros deseos que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma.

—No ha menester nada deso mi señora, señor caballero—dijo á este punto Maritornes.

—¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora?—respondió Don Quijote.

—Sólo una de vuestras hermosas manos—dijo Maritornes,—por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traído, tan á peligro de su honor que, si su señor padre la hubiera sentido, la mejor tajada della fuera la oreja.

—Ya quisiera yo ver eso—respondió Don Quijote,—pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija.

Parecióle á Maritornes que sin duda Don Quijote daría la mano que le había pedido y, proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero a tiempo que Don Quijote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano dijo:

—Tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun

la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.

—Ahora lo veremos—dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente.

Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo:

—Más parece que vuestra merced me ralla que no que me regala la mano: no la tratéis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal.

Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse.

Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolución, viéndose Don Quijote atado, y que ya las damas se habían ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacía por vía de encantamento, como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía entre sí su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda; siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no

salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podía soltarse. mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento por que Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado: que sin duda alguna se había creído que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda que le socorriese y, finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el día se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna teniéndose por encantado. Y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movía, y creía que de aquella suerte, sin comer ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase.

Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes, lo cual visto por Don Quijote desde donde aún no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo:

—Caballeros ó escuderos ó quienquiera que seáis, no

tenéis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo; desviaos afuera y esperad que aclare el día y entonces veremos si será justo ó no que os abran.

—¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es éste—dijo uno— para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa.

—¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero?— respondió Don Quijote.

—No sé de qué tenéis talle—respondió el otro,—pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta.

—Castillo es—replicó Don Quijote—y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

—Mejor fuera al revés—dijo el caminante:—el cetro en la cabeza y la corona en la mano; y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña y adonde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojen personas dignas de corona y cetro.

—Sabéis poco del mundo—replicó Don Quijote,—pues ignoráis los casos que suelen acontecer en la caballería andante.

Cansábanse los compañeros que con el preguntante venían del coloquio que con Don Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con gran furia, y fué de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quién llamaba.

Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venían los cuatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que, melancólico y triste, con las orejas caídas,

sostenía sin moverse á su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecía de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y así no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de Don Quijote, y resbalando de la silla dieron con él en el suelo, á no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía para alcanzar al suelo; bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les presenta, que con poco más que se estiren llegarán al suelo.

CAPÍTULO XXX

Donde se prosiguen los inauditos hechos de la venta.

EN efecto, fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quién tales gritos daba y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya había despertado á las mismas voces, imaginando lo que podía ser, se fué al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á Don Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron qué tenía que tales voces daba. Él sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca y levantándose en pie subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanza y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope diciendo:

—Cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, yo le desmiento, le reto y desafío á singular batalla.

Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración diciéndoles quién era Don Quijote y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso había llegado á aquella

venta un muchacho de hasta edad de quince años que venía vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas. El ventero respondió que había tanta gente en la venta que no había echado de ver en el que preguntaban.

Ya á esta sazón aclaraba el día, y así por esto como por el ruido que Don Quijote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso de él ni le respondían á su demanda, moría y rabiaba de despecho y saña.

El demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entrase en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vió la conoció y se atrevió á arremeter á Sancho diciendo:

—¡Ah don ladrón, que aquí os tengo. Venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes.

Sancho, que se vió acometer tan de improviso y oyó los vituperios que le decían, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mojicón al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decía:

—Aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladrón salteador de caminos.

—Mentís—respondió Sancho,— que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos.

Ya estaba Don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de caballería.

Entre otras cosas que el barbero decía en el discurso de la pendencia vino á decir:

—Señores, así esta albarda es mía como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo que no me dejará mentir; si no pruébensela, y si no le viene pintiparada, yo quedaré por infame; y hay más, que el mismo día que ella se me quitó me quitaron también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo.

Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo:

—Por que vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quitó yo en buena guerra y me hice señor dél con legítima y lícita posesión (en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaezes del caballo deste vencido cobarde, y con adornar el suyo, yo se la di, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razón sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería), para confirmación de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía.

—¡Pardiez, señor!—dijo Sancho.—Si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda.

—Haz lo que te mando—replicó Don Quijote,—que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento.

Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo, y así como Don Quijote la vió, la tomó en las manos y dijo:

—Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir

este escudero que ésta es bacía y no el yelmo que yo he dicho; y juro por la orden de caballería que profeso que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.

—En eso no hay duda—dijo á esta sazón Sancho,—porque desde que mi señor lo ganó hasta ahora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XXXI

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

QUÉ les parece á vuestras mercedes, señores—dijo el barbero,—de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aún porfían que esto no es bacía, sino yelmo?

—Y quien lo contrario dijere —dijo Don Quijote— le haré yo conocer que miente si fuera caballero, y si escudero que remiente mil veces.

Nuestro Barbero, que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero:

—Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio y tengo más ha de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería sin que le falte uno, y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí

delante y que este buen señor tiene en las manos no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está tan lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero.

—No por cierto—dijo Don Quijote,—porque le falta la mitad, que es la babera (1).

—Así es—dijo el Cura, que ya había entendido la intención de su amigo el Barbero.

—¡Válgame Dios!—dijo el barbero burlado.—Que es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacía, sino yelmo; cosa parece ésta que puede poner en admiración á toda una universidad por discreta que sea. Basta: si es que esta bacía es yelmo, también debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho.

—Á mi albarda me parece—dijo Don Quijote,—pero ya he dicho que en eso no me entremeto.

—De que sea albarda ó jaez—dijo el Cura—no está en más de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja.

—Por Dios, señores míos—dijo Don Quijote,—que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por vía de encantamento. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que ésta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, sólo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por ser armados caballeros como yo lo soy no tendrán que ver con vuestras

(1) La babera es la armadura del rostro, de la nariz abajo, que cubre la boca, la barba y quijadas.—*Arr.*

mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente y no como á mí me parecían.

No causaban menos risas las necedades del barbero que los disparates que decía Don Quijote, el cual á esta sazón dijo:

—Aquí no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga.

Uno de los cuatro criados dijo:

—Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están se atrevan á decir y afirmar que ésta no es bacía ni aquélla albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal—y arrojóle redondo—que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que ésta no sea bacía de barbero y ésta albarda de asno.

—Bien podría ser de borrica—dijo el Cura.

—Tanto monta—dijo el criado,—que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen.

Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oído la pendencia y cuestión, lleno de cólera y enfado dijo:

—Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa haya dicho ó dijere debe de estar hecho uva.

—¡Mentís como bellaco villano!—respondió Don Quijote.

Y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero le dejara allí tendido: el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que

vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la Santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada y se puso al lado de sus compañeros; pero uno dellos le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes, traía uno contra Don Quijote, á quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho con mucha razón había temido. Imaginado, pues, esto, quiso certificarse si las señas que Don Quijote traía venían bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leía ponía los ojos en Don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decía:

—¡Favor á la Santa Hermandad! Y para que se vea que lo pido ve veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos.

Tomó el mandamiento el Cura y vió que era verdad cuanto el cuadrillero decía, y cómo convenia con las señas de Don Quijote, el cual, viéndose tratar mal de aquel villano malandrín, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba:

—Vive el Señor que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él.

No cesaban los cuadrilleros de pedir su preso y que les ayudasen á dárselo atado y entregado á toda su voluntad, porque así convenía al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedían socorro y favor para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y carreteras. Reíase de oír decir estas razones Don Quijote y con mucho sosiego dijo:

—Venid acá, gente soez y mal nacida. ¿Salteador de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame!, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla (1), que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿Quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus premáticas su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al

(1) De la misma opinión era el célebre Mateo Alemán, el segundo Cervantes de España, quien en su *Guzmán de Alfarache*, t. I, libro I, cap. VII, los llama «gente nefanda y desalmada; y muchos, añade, por muy poco juran contra ti lo que no hiciste, ni ellos vieron». «Dios me libre, decía Espinel (R. I. Des. 8) de bellacos en cuadrilla.»—Arr.

duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le sentó á su mesa? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él sólo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XXXII

De la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote y del extraño modo con que fué encantado.

EN tanto Don Quijote esto decía, estaba persuadiendo el Cura á los cuadrilleros cómo Don Quijote era falto de juicio, como lo veían por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento que á él no le tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que, una vez preso, siquiera le soltasen trescientas.

— Con todo eso — dijo el Cura, — por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse á lo que yo entiendo.

En efecto, tanto les supo el Cura decir y tantas locuras supo Don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de juicio de Don Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistían con gran rencor á su pendencia. Finalmente, ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa y fueron árbitros della de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, á lo me-

nos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el Cura á socapa y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amén.

Viéndose, pues, Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje y dar fin á aquella grande aventura para que había sido llamado y escogido.

Dos días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta, y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden el Cura y el Barbero para llevarse, como deseaban, á Don Quijote y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote, y luego los cuadrilleros juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del Cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo y que, sin duda alguna, ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto

como había pensado que sucedería el Cura trazador desta máquina. Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras, mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que trayendo allí la jaula le encerraron dentro y le clavarón los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que decía: « Oh, Caballero de la Triste Figura, no te dé » afincamiento la prisión en que vas, porque así conviene » para acabar más presto la aventura en que tu gran es- » fuerzo te puso, la cual se acabará cuando el furibundo » león manchego con la blanca paloma tobosina yacieren » en uno ya después de humilladas las altas cervices al » blando yugo matrimoñesco, de cuyo inaudito consorcio » saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imita- » rán las rapantes garras del valeroso padre, y esto será » antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa haga dos vega- » das la visita de las lucientes imágenes con su rápido y » natural curso. Y tú ¡oh el más noble y obediente escu- » dero que tuvo espada en cinto, barbas en rostro y olfato » en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar » así, delante de tus ojos mismos, á la flor de la caballería » andante, que presto, si al plasmador del mundo le place, » te verás tan alto y tan sublimado que no te conozcas, y » no te saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho » tu buen señor, y asegúrote, de parte de la sabia Mentiro- » niana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la » obra, y sigue las pisadas del valeroso y encantado caba- » llero, que conviene que vayas donde paréis entrambos, » y porque no me es lícito decir otra cosa, adiós quedad

» que yo me vuelvo adonde yo me sé », y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla después con tan tierno acento que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían.

Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió, de todo en todo, la significación de ella y vió que le prometían el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrían los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha, y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz y, dando un gran suspiro, dijo:

— ¡Oh tú, quienquiera que seas que tanto bien me has pronosticado! Ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo que no me deje perecer en esta prisión donde ahora me llevan hasta no ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho, que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso; y en lo que toca á la consolación de Sancho Panza mi escudero, yo confío de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar ínsula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mía.

Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XXXIII

Donde prosigue el encantamento de Don Quijote de la Mancha con otros famosos hechos.

CUANDO Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo:
—Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído ni visto ni oído que á los caballeros encantados los llevasen desta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales, porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube ó en algún carro de fuego ó ya sobre algún hipógrifo ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mi ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusión! pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y también podría ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo?

—No sé yo lo que me parece—respondió Sancho,—por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras an-

dantes; pero con todo eso osaría afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan que no son del todo católicas.

—¡Católicas, mi padre!—respondió Don Quijote.—¿Cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire, y cómo no consisten más de en la apariencia.

—Par Dios, señor—replicó Sancho,—ya yo los he tocado, y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oído decir que tienen las demonios.

Subió el Cura á caballo y también su amigo el Barbero, con sus antifaces, por que no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro, y la orden que llevaban esa era ésta: iba primero el carro guiándole su dueño; á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguía luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante; detrás de todo esto iban el Cura y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitía el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra; y así, con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes, y comunicándolo con el Cura, fué de parecer el Barbero que caminasen un poco más, porque él sabía que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba había un valle de más yerba y mucho mejor que aquél donde parar quería. Tomóse tal parecer del Barbero y así tomaron á proseguir su camino.

En esto volvió el Cura el rostro, y vió que á espalda ve-

nían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestar á la venta que menos de una legua de allí se parecía. Llegaron los diligentes á los perezosos y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que en resolución era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura y Barbero, y más á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se había dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debía de ser algún facineroso asaltador, ó otro delincuente cuyo castigo tocase á la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así:

—Señor, lo que significa ir este caballero desta manera dígalo él, porque nosotros no lo sabemos.

Oyó Don Quijote la plática y dijo:

—¿Por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decirlas.

Y á este tiempo habían ya llegado el Cura y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en plática con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió:

—En verdad, hermano, que sé más de libros de caballerías que de las sùmulas de Villalpando (1); así que, si no

(1) Título de una obra elemental de dialéctica ó lógica escolástica, muy estimada en su tiempo, escrita por Gaspar Cardillo de Villalpando, que se distinguió en el concilio de Trento, Alcalá, 1557. La mayor instrucción que mostraba este canónigo en los li-

está más que en esto, seguramente podéis comunicar conmigo lo que quisiéredes.

—Á la mano de Dios— replicó Don Quijote:—pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud más es perseguida de los malos que amada de los buenos: caballero andante soy y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y á pesar de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas (1) la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.

—Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha—dijo á esta sazón el Cura,—que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Éste es, señor, *el Caballero de la Triste Figura*, si ya le oistes nombrar en algún tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos y la malicia en ocultarlos.

Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, tuvo que hacer la cruz de admirado y no podía saber lo que le había acontecido, y en la misma admiración cayeron todos los que con él venían.

bros de caballerías que en las sùmulas, manifiesta que aquéllos no eran leídos solamente del vulgo, y que Cervantes combatió y deterró con su obra una lectura tan perjudicial como general y radicada en todas las clases de la nación española y aun en toda la Europa.—*Arr.*

(1) Plinio y Apuleyo y toda la antigüedad colocaron á los *ginosofistas* en la India, pero á Don Quijote podía permitírsele esta libertad.

En esto Sancho Panza, que se había acercado á oír la plática, para adobarlo todo, dijo:

—Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres y como las hacía ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme á mi entender que va encantado? Pues yo he oído decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo, si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores.

Y volviéndose á mirar al Cura, prosiguió diciendo:

—¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensará vuestra merced que no le conozco? ¿Y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos encantamientos? Pues sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez la liberalidad, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podía esperar otra cosa así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podían y debían esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorrey de alguna insula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso.

—Adóbame esos candiles—dijo á este punto el Barbero.—

¿También vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? Vive el Señor que voy viendo que le habéis de tener compañía en la jaula y que habéis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñastes de sus promesas y en mal hora se os entró en los cascos la insula que tanto deseáis.

—Yo—respondió Sancho,—aunque pobre, soy cristiano viejo y no debo nada á nadie; y si insulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una insula, y más pudiendo ganar tantas mi señor que le falte á quién darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro Dígolo porque todos nos conocemos y mi no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor menearlo.

No quiso responder el Barbero á Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el Cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo tenor había dicho el Cura al canónigo que caminase un poco delante, que él le diría el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto.

Hízolo así el canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algún medio hallaban remedio á su locura.

CAPÍTULO XXXIV

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

EN tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podía hablar á su amo sin la continua asistencia del Cura y el Barbero, que tenía por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba Don Quijote y le dijo:

—Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir o que pasa cerca de su encantamiento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son el Cura de nuestro lugar y el Barbero, y imagino han dado en esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaído y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá cómo no va encantado, sino trastornado el juicio.

—Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho—respondió Don Quijote,— que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad; y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el Cura y el Barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso

no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es que, si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á ti ocasión de que pienses lo que piensas y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la sogá de Teseo (1), y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento y no sepa atinar de dónde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense sino que la manera de mi encantamiento excede á cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy turco; y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana.

—¡Válame Nuestra Señora!—respondió Sancho, dando una gran voz.—¿Y es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado; si no dígame, así Dios le saque desta tormenta y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos piense.

—Acaba de conjurarme—dijo Don Quijote—y pregunta

(1) Es lo que se llama comúnmente el *hilo de Ariadna*, que ésta dió, según refiere la fábula, á su amante Teseo.

lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad.

—Eso pido—replicó Sancho, — y lo que quiero saber y que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las profesa debajo de títulos de caballeros andantes...

—Digo que no mentiré en cosa alguna—respondió Don Quijote;—acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho.

—Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso después que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse

—No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más si quieres que te responda derechamente.

—¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? Pues en la escuela destetan á las muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa.

—Ya entiendo, Sancho, y muchas veces y aun ahora la tengo; sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XXXV

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

AH!—dijo Sancho.—Cogido le tengo; esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe; ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan.

—Verdad dices, Sancho.—respondió Don Quijote;—pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado unos en otros y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias: yo tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande si yo pensase que no es-

taba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad.

—Pues con todo eso—replicó Sancho,—digo que para mayor abundancia y satisfacción sería bien que vuestra merced probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo, y aun sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melancólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras, y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á la ley de bueno y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuera vuestra merced tan desdichado, ó ya tan simple, que no acierte á salir con lo que digo.

—Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano—replicó Don Quijote,—y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia.

En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el Cura, el canónigo y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iría tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el Cura y dijo que de muy buena gana haría lo que le pedía, si no temiera que en viéndose su señor en libertad había de hacer de las suyas y irse donde jamás gentes le vieses.

—Yo le fío de la fuga—respondió Sancho.

—Y yo y todos—dijo el canónigo,—y más si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad.

Don Quijote, que todo lo estaba escuchando, respondió que la daba; cuanto más que el que estaba encantado como él no tenía libertad para hacer de su persona lo que quisiese, porque el que le encantó le podía hacer que no se moviera de un lugar en tres siglos, y si hubiera huído, le haría volver en volandas; y que pues esto era así, bien podían soltarle, y más siendo tan en provecho de todos; y del no soltarle les protestaba que no podía dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en gran manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas dijo:

—Aún espero en Dios y su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á costas y yo encima de ti ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo.

Y diciendo esto Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábalo el canónigo y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías, y así movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo:

—¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le haya vuelto el juicio de modo que

venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? ¿Y cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turba-multa de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarria de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y, finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballería contienen?

CAPÍTULO XXXVI

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BUENO está eso—respondió Don Quijote:—los libros que están impresos con licencia de los reyes y con aprobación de aquellos á quien se remitieron y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y día por día, que el tal caballero hizo ó caballeros hicieron? (1). Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto; si no, léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame, ¿hay mayor

(1) Siguió Don Quijote el dictamen de aquel buen sacerdote, de quien cuenta Melchor Cano que no podía darse á entender que fuesen falsos ni apócrifos los libros que se imprimían con las licencias necesarias, y así tenía por verdaderas las patrañas de Amadís de Gaula (*De Locis*, lib. XI, cap. VI).—P.

contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: «Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en si encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negrura yacen?» ¿Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa cuando sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar se halla entre unos floridos campos con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es más transparente y que el sol luce con claridad más nueva, ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta que alegra á la vista su verdura y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenado, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas hacen una variada labor, de manera que

el arte imitando á la naturaleza parece que allí la vence. Acullá, de improviso, se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura: y ¿hay más que ver después de haber visto esto que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos lo cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego la que parecía principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago y llevarle, sin hablarle palabra, adentro del rico alcázar ó castillo, y bañarle con templadas aguas y luego untarle todo con olorosos unguentos y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que por lo menos dicen que suele valer una ciudad yaún más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala donde halla puestas las mesas con tanto concierto que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar en una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cuál deba alargar la mano? ¿Qué será oír la música que en tanto que come suena sin saberse quién la toca ni adónde suena? ¿Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizás mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras y sentarse al lado del caballero y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquél y de cómo ella está encantada en él con otras

cosas que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición si acaso la tiene mala. De mí sé decir que después que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querría darle un condado que le tengo muchos días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo:

—Trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oído decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está

á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan.

—Eso, hermano Sancho—dijo el canónigo,—entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero en administrar justicia ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar, que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto.

—No sé esas filosofías—respondió Sancho Panza,—mas sólo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabría regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey sería yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haría lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haría mi gusto, y haciendo mi gusto estaría contento, y en estando uno contento no tiene más que desear, y no teniendo más que desear acabóse, y el estado venga, y adiós y veámonos, como dijo un ciego á otro.

—No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho—dijo Don Quijote.

—Pero con todo eso—respondió el canónigo,—hay mucho que decir sobre esta materia de condados.

A lo cual replicó Don Quijote:

—Yo no sé que haya más que decir; sólo me guío por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gaula, que hizo á su escudero conde de la insula firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido.

Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del

caballero del lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leído, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le había prometido.

Ya en esto volvían los criados del canónigo, que á la venta habían ido á traer la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí por que el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho.

CAPÍTULO XXXVII

De la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto, la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los diciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los había de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él sólo tocaba como á caballero andante el acometerla. Y confirmóle más esta imaginación pensar que una imagen que traían cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza algunos follones y descomedidos malandrines; y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban:

—Ahora, valerosa compañía, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden

de la andante caballería; ahora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes.

Y en diciendo esto, apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenía, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante) se fué á encontrar con los diciplinantes; bien que fueron el Cura y el canónigo y el Barbero á detenerlo, mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo:

—¿A dónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta, mal haya yo, que aquélla es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla. Mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe.

Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara.

Llegó, pues, á la procesión y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo:

—Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.

Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban, y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió diciendo:

—Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígallo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razón que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga.

—En una lo diré—replicó Don Quijote—y es ésta: que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algún notorio desaguisado le habedes fecho; y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece.

En estas razones cayeron todos los que las oyeron que Don Quijote debía de ser algún hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque sin decir más palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla ó bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caído dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no había hecho mal á nadie en todos los días de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullía pie ni mano, y así, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quijote á donde él estaba; mas los de la procesión, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, é hicieron todos un remolino alrededor de la imagen, y alzados los capirottes, empuñando las disciplinas y los clérigos los ciriales,

esperaban el asalto con determinación de defenderse y aun de ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El Cura fué conocido de otro cura que en la procesión venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era Don Quijote, y así él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decía:

—¡Oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser catigados de sus malas fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandro, pues por solos ocho meses de servicios me tenías dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decir se puede!

Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué:

—El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que ésta está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío—respondió Sancho,—y volvamos á mi aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí daremos orden de

hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama.

—Bien dices, Sancho—respondió Don Quijote,—y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre.

El canónigo y el Cura y el Barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía, y así habiendo recibido grande gusto de la simplicidad de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como antes venía.

La procesión volvió á ordenarse y á proseguir su camino, los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el Cura les pagó lo que se les debía; el canónigo pidió al Cura le avisase el suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguía en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron, quedando solos el Cura y el Barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que había visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso, y á cabo de seis días llegaron á la aldea de Don Quijote, á donde entraron en la mitad del día, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venía, y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas.

Á las nuevas de esta venida de Don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á San-

cho, lo primero que le preguntó fué si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—Gracias sean dadas á Dios—replicó ella,—que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habéis sacado de vuestras escuderías? ¿Qué saboyana (1) me traéis á mí? ¿Qué zapatos á vuestros hijos?

—No traigo nada desto—dijo Sancho,—mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración.

—Deso recibo yo mucho gusto—respondió la mujer;—mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las quiero ver para que se me alegre el corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer—dijo Sancho Panza,—y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me veréis presto conde ó gobernador de una insula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de insulas, que no lo entiendo?

—No es la miel para la boca del asno—respondió Sancho:—á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, insulas y vasallos?—respondió Teresa Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos.

—No te acucies, Teresa, por saber todo esto tan apriesa;

(1) Era una gala de mujer introducida de Saboya en España. Blas de Aytona publicó en Cuenca, año de 1603, varias coplas, y entre ellas un cantar sobre la saboyana con este estribillo:

Cómprame una saboyana,
marido, así os guarde Dios.

basta que te digo verdad, y cose la boca: sólo te sabré decir así de paso que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querría, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo por experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es cosa linda esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discreción sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y su mujer, en tanto que el ama y sobrina de Don Quijote le recibieron y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tío, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

SEGUNDA PARTE

Al Conde de Lemos.

Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije que DON QUIJOTE quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos de V. E., y ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y fiel allá llega, pues parece que habrá hecho algún servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envíe para quitar el amago y la náusea que ha causado otro DON QUIJOTE, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; del que más ha mostrado desearle ha sido el Grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome ó, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia de DON QUIJOTE; juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector de tal colegio. Preguntéle al portador si S. M. le había dado para mi alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además, que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros,

y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al grande Conde de Lemos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los trabajos de PERSILES Y SIGISMUNDA, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, Deo volente; el cual ha de ser el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle las manos y yo los pies, como criado que soy de V. E.

Madrid, último de Octubre de mil seiscientos y quince.
—Criado de V. E.,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Nota. El actual Conde de Lemos ha tenido un noble rasgo al dedicar un premio de 100.000 pesetas, con motivo del Centenario, para los escritores españoles.

Lleva aquel glorioso título el Duque de Alba, D. Jacobo Stuart y Falcó, nacido en Madrid el 17 de Octubre de 1878, siendo el primer fruto del matrimonio de D. Carlos María Isabel Fritz James Stuart y Portocarrero con D.^a María del Rosario Falcó y Osorio, Condesa de Siruela, hija de los Duques de Fernán-Núñez, Condes de Cervera.

Sucedió el año 1902 á su padre, que murió en los Estados Unidos, lleva desde esta fecha los títulos de Duque de Alba de Tormes, de Arjona, de Huéscar, de Liria, de Jérica y de Montoro. Es Conde-Duque de Olivares, Marqués del Carpio, con grandeza; de Barcarrota de Coria, de Elche, de la Algaba, de la Mota, de Sarria, de Tarazona, de Villanueva del Río y de Villanueva del Fresno: Conde de Lemos, con grandeza, y de Lerín; Condestable de Navarra, con grandeza; de Miranda del Castañar, con grandeza; de Monterrey, de Osorno, de Andrade, de Ayala, de Casarrubios del Monte, de Fuentes de Valdepero, de Fuentidueña, de Golve, de Gélvez, de San Esteban de Gormaz y de Villalba, y Diputado á Cortes por Lalín (Pontevedra).

El Condado de Lemos fué creado por el Rey D. Enrique IV de Castilla, en Palencia, á 9 de Febrero de 1457, y el primero que lo llevó fué D. Pedro Alvarez Osorio, Señor de Cabrera y de Rivera, ricohombre de Castilla, gran servidor de D. Juan II y casado con D.^a Beatriz Ruiz de Castro, Señora de Lemos, nieta del Infante don Fadrique.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que el Cura y el Barbero pasaron con Don Quijote cerca de su enfermedad.

CUENTA Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de Don Quijote que el Cura y el Barbero se estuvieron casi un año (1) sin verle por no renovar y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por esto dejaron de visitar á su sobrina y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el cerebro, de donde procedía según buen discurso toda su mala ventura; las cuales dijeron que así lo hacían, y lo harían con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos

(1) Casi un mes, dicen las demás ediciones; pero por todos los sucesos de esta segunda parte se advierte que á lo menos pasó un año entre el encantamiento del carro de bueyes y la tercera salida de Don Quijote; en cuyo tiempo se imprimieron sus aventuras y llegó la noticia de andar impresas á los oídos de Sancho, como se verá más adelante. Por eso hemos hecho la corrección que se advierte en el texto.—F. C.

iba dando muestras de estar en su entero juicio: de lo cual recibieron los dos gran contento por parecerles que habían acertado en haberle traído encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningún punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoser los de la herida, que tan tiernos estaban.

Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razón de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solón flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una fragua, y sacado otra de que la pusieron; y habló Don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el Cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosas de caballería, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de Don Quijote era falsa ó verdad era, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habían venido de la corte, y entre otras dijo que se tenía por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adónde

había de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. Á esto respondió Don Quijote:

—Su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejándole yo que usara de una prevención de la cual su magestad la hora de ahora debe de estar muy ajeno de pensar en ella.

Apenas oyó esto el Cura cuando dijo entre sí:

—Dios te tenga de su mano, pobre Don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad.

Mas el Barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el Cura, preguntó á Don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decía era bien se hiciese; quizá podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes.

—El mío, señor rapador—dijo Don Quijote,—no será impertinente, sino perteneciente.

—No lo digo por tanto—replicó el Barbero,—sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios que se dan á su majestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino (1).

(1) Por las razones que dice aquí el autor, ó porque en el siglo XVII era mayor el número de proyectistas, se escribieron muchas invectivas y sátiras contra ellos, especialmente por el docto y jocoso D. Francisco de Quevedo; y el mismo Cervantes vuelve á jabonarlos, como suele decirse, en la novela del *Coloquio de los perros*, donde introduce un arbitrista, que para desempeñar el real erario propone el arbitrio de un ayuno general en todo el reino y por todos los vasallos del rey, desde edad de catorce hasta sesenta años.—P.

—Pues el mio—respondió Don Quijste—ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno.

—Ya tarda en decirle vuestra merced, señor Don Quijote—respondió el cura.

—No querría—dijo Don Quijote—que le dijese yo aquí ahora y amaneciese mañana en los oídos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo.

—Por mí—dijo el Barbero,—doy la palabra para aquí y para delante Dios de no decir lo que vuesa merced dijere á rey ni á Roque, ni á hombre terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladrón que le haba robado las cien doblas y la su mula la andariega.

—No sé historias—dijo Don Quijote;—pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero.

—Cuando no lo fuera—dijo el Cura,—yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado.

—¿Y á vuesa merced quién le fía, señor Cura?—dijo Don Quijote.

—Mi profesión—respondió el Cura,—que es de guardar secreto.

—¡Cuerpo de tal!—dijo á esta sazón Don Quijote.—¿Hay más sino mandar su majestad por público pregón que se junten en la corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del turco? Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, díganme,

¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Había, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso Don Belianís, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destes hoy viviera y con el turco se afrontara, á fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparrará alguno que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo menos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo más.

—¡Ay!—dijo á este punto la sobrina.—Que me maten si no quiere mi señor volver á ser caballero andante.

A lo que dijo Don Quijote:

—Caballero andante he de morir, y baje ó suba el turco cuando él quisiere y cuan poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende.

A esta sazón dijo el Barbero:

—Suplico á vuestras mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle.

Dió la licencia Don Quijote, y el Cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

—En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habían puesto allí por falta de juicio; era graduado en cánones por Osuna, pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginación escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía, pues por la misericordia de Dios había ya recobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenían allí, y á pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellán suyo se informase del retor de la casa si era verdad lo que aquel

licenciado decía y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenía juicio le sacase y pusiese en libertad. Hizolo así el capellán, y el retor le dijo que aquel hombre todavía estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y poniéndole con el loco habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada, antes habló tan atentamente, que el capellán fué forzado á creer que estaba cuerdo, y entre otras cosas que el loco le dijo fué que el retor le tenía ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacían por que dijese que aún estaba loco y con iúcidos intervalos, y que el mayor contrario que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della sus enemigos ponían dolo y duda en la merced que nuestro Señor le había hecho en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al retor, codiciosos y desalmados á sus parientes y á él tan discreto, que el capellán se determinó á llevársele consigo á que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe el buen capellán pidió al retor mandase dar los vestidos con que allí había entrado el licenciado; volvió á decir el retor que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aún se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del retor para que dejase de llevarle; obedeció el retor viendo ser orden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellán dijo que él le quería acompañar y ver los locos que en la casa había. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron

presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: «Hermano mío, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible; tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mí me ha vuelto á mi primero estado, también le volverá á él si en él confía; yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire; esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte». Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: «Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.—Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie y estaos en vuestra casa y ahorraréis la vuelta.—Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones.—¿Vos bueno? dijo el loco. Ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar

á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el día y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelnate. ¡Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco y yo enfermo, y yo atado! Así pienso llover como pensar ahorcarme». Á las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: «No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter, y no quiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me atojare y fuere menester». A lo que respondió el capellán: «Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa, que otro día, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced». Rióse el retor y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán, desnudaron al licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento.

—¿Pues éste es el cuento, señor barbero,—dijo Don Quijote,—que por venir aquí como de molde no podía dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquél que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios

y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que las mallas con que se arman; ya no hay caballeros que duerman en los campos sujetos al rigor del cielo, armados de todas las armas desde los pies á la cabeza; y ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure desca-bezar, como dicen, el sueño como lo hacían los caballeros andantes; ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni jarcia alguna, con intrépido corazón se arroja en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Destos ó tales como éstos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que á serlo, su majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto y el turco se quedara pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere, aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto por que sepa el señor bacía que le entiendo.

Y en esto oyeron que el ama y la sobriua, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

CUENTA la historia que las voces que oyeron Don Quijote, el Cura y el Barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á Don Quijote, y ellas le defendían la puerta:

—¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi señor y le lleva por esos andurriales.

Á lo que Sancho respondió:

--Ama de Satanás, el sonsacado y el distraído y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una insula que hasta ahora la espero.

—Malas insulas te ahoguen—respondió la sobrina,—Sancho maldito. ¿Y qué son insulas? ¿Es alguna cosa de comer, golosazo, comilón que tú eres?

—No es de comer—replicó Sancho,—sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y cuatro alcaldes de corte.

—Con todo eso—dijo el ama—no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias. Id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender insulas ni insulos.

Grande gusto recibían el Cura y el Barbero de oír el coloquio de los tres; pero Don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarían bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el Cura y el Barbero se despidieron de Don Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías.

En tanto Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo:

—Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos volvimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos. Si á ti te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja.

—Eso estaba puesto en razón—respondió Sancho,—porque según vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias que á sus escuderos.

—Engañaste, Sancho—dijo Don Quijote,—según aquello: *quando caput dolet*, etc.

—No entiendo otra lengua que la mía—respondió Sancho.

—Quiero decir—dijo Don Quijote—que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón el mal que á mí me toca ó tocara á ti te ha de doler, y á mí el tuyo.

—Así había de ser—dijo Sancho;—pero cuando á mí me

manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella á dolerse del dellos.

—¿Querrás tú decir ahora, Sancho—respondió Don Quijote,—que no me dolía yo cuando á ti te manteaban? Y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto. Y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballerescas? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos; y esto me has de decir, sin añadir al bien ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente ó otro vano respeto la disminuya; y quiero que sepas, Sancho, que si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado.

—Eso haré yo de muy buena gana, señor mío—respondió Sancho,—con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegó á mi noticia.

—En ninguna manera me enojaré—respondió Don Qui-

jote:—bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

—Pues lo primero que digo—dijo—es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderos (1), que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

—Eso—dijo Don Quijote—no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podría ser, pero roto más de las armas que del tiempo.

—En lo que toca—prosiguió Sancho—á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones; unos dicen, loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano.

—Mira, Sancho—dijo Don Quijote,—donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se

(1) El nombre de *hidalgos escuderos* se deriva, según siente el P. Guardiola (*Tratado de los títulos*, etc., pág. 70), de las armas que usaban, que eran escudos, porque peleaban á pie con *escudos blancos*, y hasta que hacían alguna cosa notable no podían ser caballeros.—P.

cuenta que fué lascivo y muelle; de D. Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmuraba que fué más que demasiado rijoso, y de su hermano, que fué llorón. Así, ¡oh Sancho! entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías, como no sean más de las que has dicho.

—Ahí esta el toque, cuerpo de mi padre—replicó Sancho.

—¿Pues hay más?—preguntó Don Quijote.

—Aún la cola falta por desollar—dijo Sancho;—lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber qué hay acerca de las caloñas (1) que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una miaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la HISTORIA de vuesa merced con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho—dijo Don Quijote,—que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—¡Y cómo—dijo Sancho—si era sabio y encantador, pues según el bachiller Sansón Carrasco (que así se llama el que dicho tengo) que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena!

—Ese nombre es de moro—respondió Don Quijote.

—Así será—respondió Sancho,—porque por la mayor parte he oído decir que los moros son amigos de berengenas.

—Tú debes, Sancho—dijo Don Quijote,—errarte en el

(1) Calumnia se dice ahora.

sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor.

—Bien podría ser—replicó Sancho,—más si vuestra merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas.

—Harásme mucho placer, amigo—dijo Don Quijote,—que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo.

—Pues yo voy por él—respondió Sancho.

Y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III

**Del ridículo razonamiento que pasó
entre Don Quijote,
Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco.**

PENSATIVO, además, quedó Don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como había dicho Sancho, y no se podía persuadir á que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Y así envuelto y revuelto en esta y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien Don Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á Don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole:

—Déme vuesa grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras,

que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamate Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebien haya el curioso que tuvo el cuidado de hacerlas traducir del arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes.

Hízole levantar Don Quijote y dijo:

—Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía y que fué moro y sabio el que la compuso?

—Es tan verdad, señor—dijo Sansón,—que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia: si no díganlo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca (1).

—Una de las cosas—dijo á esta sazón Don Quijote—que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará.

—Si por buena fama y si por buen nombre va—dijo el bachiller,—sólo vuestra merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y

(1) Bien se deja entender que estos doce mil libros impresos son de la parte primera de esta historia. Más adelante, se dice que se habían impreso treinta mil volúmenes. Ajustó bien la cuenta Cervantes en uno y otro lugar. Es natural tuviese para ello noticias verdaderas, aunque más abundantes en un lugar que en otro. Aquí cita las ediciones de Portugal, Barcelona, Valencia, é insinúa la de Amberes, pero deben añadirse las de otras partes, de que existen todavía ejemplares.—P.

el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores platónicos de vuesa merced y de mi señora Doña Dulcinea del Toboso.

—Nunca—dijo á este punto Sancho Panza—he oído llamar con *don* á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia.

—No es objeción de importancia esa—repondió Carrasco.

—No por cierto—respondió Don Quijote.—Pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia?

—En eso—respondió el bachiller—hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á vuesa merced le parecieron briareos y gigantes; otros á la de los batanes; éste á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguno iguala á la de los monjes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno.

—Dígame, señor bachiller—dijo á esta sazón Sancho,—¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo?

—No se le quedó nada—respondió Sansón,—al sabio en el tintero; todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta.

—En la manta no hice yo cabriolas,—respondió Sancho;—en el aire sí, y aún más de las que yo quisiera.

—Á lo que yo imagino—dijo Don Quijote,—no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos.

—Con todo eso—respondió el bachiller,—dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera ol-

vidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor Don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia—dijo Sancho.

—También pudieron callarlos por equidad—dijo Don Quijote,—pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento; decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos.

—No hay libro tan malo—dijo el bachiller—que no tenga algo bueno.

—No hay duda en eso—replicó Don Quijote;—pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándoles á la estampa la perdieron del todo ó la menoscabaron en algo.

—La causa deso es—dijo Sansón—que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios á la luz del mundo.

—Eso no es de maravillar—dijo Don Quijote,—porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán.

—Todo esto es así, señor Don Quijote—dijo Carrasco,—pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra que murmuran; y quizá podría ser que lo que á ellos les parece mal fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro del que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que lo leyeren.

—El que de mí trata—dijo Don Quijote—á pocos habrá contentado.

—Antes es al revés, que infinitos son los que han gustado de la tal historia.

CAPÍTULO IV

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza y otros sucesos dignos de felice recordación.

LEGÓ Sancho á su casa tan regocijado y alegre que su mujer conoció su alegría á tiro de balles-
ta, tanto que la obligó á preguntarle:

—¿Qué traéis, Sancho amigo, que tan alegre venís?

Á lo que el respondió:

—Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro.

—No os entiendo, marido—replicó ella,—y no sé qué queréis decir con eso de que os holgáredes, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle.

—Á buena fe—respondió Sancho—que si Dios me lleva á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Mari-Sancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría.

—Eso no, Sancho—respondió Teresa,—casadla con su igual que es lo más acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines y de saya parda de catorceno (1) á verdugado (2)

(1) *Catorceno* era una especie de paño basto y ordinario que llaman así los fabricantes de Segovia.—*Arr.*

(2) Era una saya á manera de campana, llamada por otro nombre *pollera*.—*P.*